

**Bosquejo
de
Historia
de la Iglesia**

por

Justo L. González

**AETH
Decatur, GA
1995**

© 1995 AETH
Asociación para la Educación
Teológica Hispana
P.O. Box 520
Decatur, GA 30031
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra
sin la debida autorización
de los editores.

ex libris eltropical

Contenido

Explicaciones preliminares

Introducción

1. La iglesia antigua
2. El imperio cristiano
3. La baja Edad Media
4. La alta Edad Media
5. El fin de la Edad Media
6. La conquista y la Reforma
7. Los siglos XVII y XVIII
8. El siglo XIX
9. El fin de la modernidad

¡Gracias!

Publicar un libro es una empresa ardua que involucra a muchas personas. En este punto, a nombre de la *Asociación para la Educación Teológica Hispana* (AETH) quiero dar las gracias a las personas que han hecho posible la publicación de este manual. En primer lugar, AETH agradece la generosidad del autor, Justo L. González, quien no sólo escribió este libro en ocasión del *Primer Taller de Escritores* de AETH —en el cual participó como mentor— sino que también donó los derechos de publicación del manuscrito a la Asociación.

Además, deseamos dar las gracias al *Comité Editorial* que leyó y comentó la primera versión del manuscrito. El comité está compuesto por Roberto A. Rivera, Loida Martell Otero, José D. Rodríguez, Carmen Gaud y Enrique Zone.

Nuestra gratitud también a Samuel Soliván, profesor de Teología Sistemática en *Andover Newton Theological School*. Samuel nos ayudó en la difícil tarea de colocar el libro en su formato actual. Del mismo modo, agradecemos la excelente labor secretarial de Luz Mariela Tapia.

Finalmente, damos las gracias a Benjamín Santana, Pastor General Asociado para Educación Cristiana y Vida Familiar de la *Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo)* en Puerto Rico, por el diseño de la portada.

AETH dice a todas y cada una de estas personas...

¡Gracias!

Pablo A. Jiménez
Director Ejecutivo, AETH

Explicaciones preliminares

El propósito de este libro

Este libro surge de la experiencia de muchos años dedicados a la enseñanza de la historia de la iglesia. En esos años, he llegado al convencimiento de que una de las principales dificultades con que tropiezan quienes se inician en estos estudios es la falta de una visión global de toda la historia eclesiástica. Muchos no saben si las Cruzadas fueron antes de la Reforma, o después. Por tanto, según se van adentrando en un curso sobre historia de la iglesia, se sienten como quien penetra en una cueva, hundiéndose cada vez más en territorios desconocidos, y sin tener la más mínima idea de lo que puede haber tras el próximo recodo.

En tales circunstancias, se les hace difícil a los estudiantes distinguir entre lo que es central y lo secundario, con el triste resultado de que algunos dedican horas a aprenderse de memoria cuestiones de detalle, y nunca llegan a tener una visión global de lo que estaba sucediendo en un período determinado, o cómo ello ha afectado la historia posterior de la iglesia.

Este libro trata de responder a esa necesidad. No pretende ser un libro de texto tradicional para la historia eclesiástica, pues no es lo suficientemente detallado, y no se puntualizan en él varios elementos importantes. Pretende ser más bien un mapa, o una visión global, de modo que quien comience a deambular por esos [Page 2] interesantísimos caminos de la historia no lo haga sin mapa ni brújula. Quien teme perderse en el camino, difícilmente disfruta del paisaje. Y, como enamorado de la historia que soy, quiero que mis lectores y mis estudiantes disfruten el paisaje.

Por otra parte, la historia demasiado escueta es como el esqueleto sin la carne: aun cuando sirva para darnos una idea de la estructura esencial del cuerpo, no nos da a entender lo que fue la persona en vida. Por ello, insto a los lectores a que utilicen este libro, no como un modo de conocer los perfiles de la historia de la iglesia sin leerla, sino como un mapa para de veras adentrarse en el fascinante estudio de la historia, que no es sino la vida, las luchas, las decepciones y las esperanzas de quienes nos precedieron en la fe. Quien tome en serio las notas al margen, como primera pista para la investigación más profunda de los asuntos que aquí apenas se tocan, verá sus esfuerzos compensados con creces.

La estructura de este libro

El libro incluye una **Introducción** y nueve capítulos. En la **Introducción** se narra muy brevemente todo el curso de la historia del cristianismo. Quien la lea, tendrá una idea, siquiera somera, del orden de los acontecimientos principales, y del modo en que se relacionan entre sí.

En esa **Introducción** se divide toda la historia de la iglesia en nueve períodos. Como toda periodización, ésta tiene algo de arbitrario, y la he escogido en parte [Page 3] por conveniencia pedagógica y en parte por otros motivos.

En todo caso, en el resto del libro cada capítulo corresponde a uno de los períodos que se han descrito en la **Introducción**.

Lo que es más, en cada uno de esos capítulos se vuelve a citar casi todo lo que se dice en la **Introducción**. Esas citas están en *letra bastardilla*, y sirven de bosquejo al capítulo mismo. Así, al ir leyendo esos capítulos, quien lo desee puede fácilmente regresar a la **Introducción** y ver allí por dónde va en el curso de su lectura, y cómo se relaciona lo que lee con lo que ha leído o le queda por leer.

A sugerencia de un colega que leyó este libro en sus etapas iniciales, consideré seriamente la posibilidad de incluir un glosario de términos nuevos o difíciles. Empero al intentar hacerlo me fui convenciendo de la dificultad de la empresa, cuyo resultado sería un libro muchísimo más extenso que el presente. Puesto que todo lo que se dice en la **Introducción** se amplía luego en los nueve capítulos subsiguientes, en la **Introducción** misma se encontrarán términos que luego se explican en los capítulos. Luego, si al leer la **Introducción** hay algo que no resulta inmediatamente claro, el mejor procedimiento es leer lo que se dice al respecto en el capítulo correspondiente. Además, cuando en esos capítulos se introduce el nombre de algún movimiento o doctrina, sin más explicaciones, se incluyen notas al margen que ayudarán al lector a investigar más sobre el asunto.

[Page 4] Las notas al margen

Aunque este libro no pretende ser un libro de texto para un curso de historia eclesiástica, sí he escrito otras dos obras con semejantes pretensiones. Una de ellas, bajo el título de *Historia del cristianismo* (Miami: Unilit, 1994, 2 tomos; publicada anteriormente en diez tomos por Editorial Caribe), narra la historia de la iglesia misma. La otra, bajo el título de *Historia del pensamiento cristiano* (Miami: Editorial Caribe, 1992–1993, 3 tomos), estudia con más detalle el desarrollo de la teología y las doctrinas.

Puesto que estas dos obras son utilizadas como libros de texto en seminarios, universidades, colegios e institutos bíblicos, me ha parecido bien relacionar el presente trabajo con ellas. Esto lo he hecho mediante las notas al margen. Estas pueden servirle como guía para encontrar en esos otros libros mucha más información que la que se puede dar en un «Bosquejo» como éste. De ese modo, el presente libro puede servir como mapa o bosquejo para estudiar cualquiera de esas dos obras —o las dos al mismo tiempo.

Además, he incluido referencias semejantes a una tercera obra que es también de uso común en nuestros seminarios, institutos bíblicos y universidades: la *Historia de la iglesia cristiana*, de Williston Walker (Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, sin fecha). También a esa obra he hecho referencia en las notas al margen.

En esas notas, la abreviatura «HC» se refiere a la *Historia del cristianismo*, «W» a la *Historia de la iglesia cristiana* de Walker, y «HP» a la *Historia del pensamiento cristiano*. El primer número que aparece es **[Page 5]** el del tomo, y los que siguen a los dos puntos indican los números de página en ese tomo. Así, por ejemplo, «HC 1:27–58» quiere decir las páginas 27 a 58 del primer tomo de la *Historia del cristianismo*.

Espero que estas instrucciones sean suficientemente claras. Si no, la mejor manera de aprender es practicando. ¡Láncese usted por tanto, apreciable lector o lectora, a la lectura de este libro, y penetre a través de él en esa bella aventura que es la historia del cristianismo!

Introducción

Para estudiar la historia, se acostumbra dividirla en períodos. Tal división es útil, pues nos ayuda a entender los cambios que han tenido lugar de un tiempo a otro, y a ordenar nuestros conocimientos dentro de un marco de referencias. Es importante entender, sin embargo, que esas divisiones tienen algo de artificial, y que por tanto es posible dividir la misma historia de varias maneras distintas.

Hecha esa aclaración, la historia que aquí hemos bosquejado puede dividirse en los períodos que indicamos a continuación. A cada uno de esos períodos le dedicaremos un capítulo de este libro.

1. La iglesia antigua. Desde los inicios del cristianismo hasta que Constantino les puso fin a las persecuciones (Edicto de Milán, año 313).*

Fue un período formativo que marcó pauta para toda la historia de la iglesia, pues hasta el día de hoy seguimos viviendo bajo el influjo de algunas de las decisiones que se tomaron entonces.

El cristianismo surgió en un mundo que tenía ya sus propias religiones, sus culturas y sus estructuras políticas y sociales. Dentro de ese marco, la nueva fe se fue abriendo camino, pero al mismo tiempo se fue definiendo a sí misma. [Page 8]

La primera y más importante tarea del cristianismo fue definir su propia naturaleza ante el judaísmo del cual surgió. Como se ve en el Nuevo Testamento, buena parte del contexto en que tuvo lugar esa definición fue la misión a los gentiles.

Pronto el cristianismo tuvo sus primeros conflictos con el estado, y fue dentro de ese contexto que la nueva fe tuvo que determinar su relación con la cultura que le rodeaba, así como con las instituciones políticas y sociales que eran expresión y apoyo de esa cultura.

Esos conflictos con el estado produjeron mártires y «apologistas». Los primeros sellaron su testimonio con su sangre. Los apologistas trataron de defender la fe cristiana frente a las acusaciones de que era objeto. (Y algunos, como Justino, fueron primero apologistas y a la postre mártires.) Fue en ese intento de defender la fe que se produjeron algunas de las primeras obras teológicas del cristianismo.

Pero había además otros retos a la fe: lo que la mayoría de los cristianos llamó «herejías» —es decir, doctrinas que hacían peligrar el centro mismo del mensaje cristiano. Fue principalmente en respuesta a esas herejías que surgieron el canon (o lista de libros) del Nuevo Testamento, el credo llamado «de los apóstoles», y la doctrina de la sucesión apostólica.

Tras los apologistas vinieron los primeros grandes maestros de la fe —personas tales como Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes y Cipriano. Estos escribieron obras cuyo impacto se deja ver todavía.

Por último, es importante señalar que, a pesar de [Page 9] la escasez de documentos al respecto, es posible saber algo acerca de la vida cotidiana y del culto cristiano durante estos primeros años.

2. El imperio cristiano. Desde el Edicto de Milán (313) hasta la deposición del último emperador romano de Occidente (476).*

Con la «conversión» del emperador Constantino, las cosas cambiaron radicalmente. La iglesia perseguida se volvió la iglesia tolerada, y pronto vino a ser la religión oficial del Imperio Romano. Como consecuencia de ello la iglesia, que hasta entonces estuvo formada principalmente por personas de las clases más pobres de la sociedad, se abrió campo entre la aristocracia.

El cambio no fue fácil, y hubo cristianos que respondieron de muy diversas maneras. Algunos se mostraron tan agradecidos por la nueva situación, que se les hacía difícil adoptar una actitud crítica ante el gobierno y la sociedad. Otros huyeron al desierto o a otros lugares apartados y se dedicaron a la vida monástica. Algunos sencillamente rompieron con la iglesia mayoritaria, insistiendo en que ellos eran la verdadera iglesia. Tampoco faltó la reacción de los paganos, que deseaban volver a la vieja religión y su antigua relación con el estado.

Los más destacados líderes del cristianismo adoptaron una postura intermedia: siguieron viviendo en las ciudades y participando de la vida de la sociedad, pero con un espíritu crítico. Fue así que, librada de la [Page 10] constante amenaza de persecución, la iglesia produjo algunos de sus mejores maestros —razón por la cual

* HC 1:25–124

HP 1:29–251

W 1–111

* HC 1:25–232

HP 1:253–318 2:11–56

W 112–190

se puede llamar a este período «la era de los gigantes». Fue una época en que se escribieron grandes tratados teológicos, así como importantes obras de espiritualidad y la primera historia de la iglesia.

Pero esta época también produjo fuertes controversias teológicas —sobre todo la que giró alrededor del arrianismo y la doctrina trinitaria.

Terminó este período con las invasiones de los «bárbaros», pueblos germánicos que invadieron el Imperio Romano y se asentaron en sus territorios. En el año 410, los godos tomaron y saquearon la misma Roma. Y en el 476 el último emperador (Rómulo Augústulo) fue depuesto.

3. La baja Edad Media. Desde la deposición de Rómulo Augústulo (476) hasta el cisma entre Oriente y Occidente (1054).*

Puesto que el Imperio Romano había quedado dividido en dos (el Imperio de Occidente, donde se hablaba latín, y el de Oriente, donde se hablaba griego), las invasiones de los «bárbaros» no afectaron a toda la cristiandad por igual. En el Occidente, el Imperio dejó de existir, y fue suplantado por una serie de reinos bárbaros.

Las invasiones de los bárbaros afectaron mucho más a la iglesia de habla latina que a la iglesia de habla griega. En el Occidente latino (lo que hoy es España, Francia, Italia, etc.) sobrevino un período de caos. [Page 11]

Puesto que eran tiempos de dolor, muerte y desorden, el culto cristiano, en lugar de centrar su atención sobre la victoria del Señor en su resurrección, comenzó a preocuparse más y más por la muerte, el pecado y el arrepentimiento. Por ello la comunión, que hasta entonces había sido una celebración, se convirtió en un servicio luctuoso, en el que se pensaba más en los propios pecados que en la victoria del Señor.

Buena parte de la antigua cultura desapareció, y la única institución que preservó algo de ella fue la iglesia. Por eso, en medio del caos, la iglesia se fue haciendo cada vez más fuerte y más influyente. En ese proceso, tanto el monaquismo como el papado tuvieron un papel importante.

Mientras tanto, en el Oriente, el Imperio Romano (ahora también llamado Imperio Bizantino) continuó su existencia por mil años más. Allí, empero, el estado era más poderoso que la iglesia, a la que frecuentemente impuso su voluntad. También tuvieron lugar allí importantes controversias teológicas que ayudaron a clarificar la doctrina cristológica. Estas controversias dieron origen a varias iglesias disidentes o independientes que perduran hasta nuestros días —las iglesias llamadas «nestorianas» y «monofisitas».

A mediados del período, surgió una nueva amenaza en el avance del Islam. Este conquistó vastos territorios y ciudades que hasta entonces habían sido importantísimos en la vida de la iglesia —Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Cartago, etc.

Al mismo tiempo que el Islam lograba su mayor expansión territorial, surgía en Europa occidental un nuevo poder político en el reino de los francos, cuyo [Page 12] más poderoso gobernante fue Carlomagno. En el año 800 el papa coronó a Carlomagno como «emperador», con lo cual se pretendía resucitar el viejo Imperio Romano. Aunque el nuevo imperio nunca fue lo mismo que el antiguo, el título (y a veces el poder) continuó existiendo por siglos.

El resultado fue que el cristianismo, que hasta entonces se había movido alrededor de un eje que iba de este a oeste a lo largo del Mediterráneo, ahora comenzó a moverse alrededor de un eje que iba de norte a sur, del reino de los francos a Roma. Sin embargo, mientras en el Occidente la iglesia parecía tener más poder, lo cierto es que se le hacía difícil luchar contra el caos reinante —y que en buena medida las luchas dentro de la misma iglesia contribuían al caos. La medida de orden que se logró tomó la forma del «feudalismo», en el que cada señor feudal seguía sus propias políticas, guerreando cuando le parecía y a veces hasta dedicándose al banditaje. Era en el Oriente donde se conservaba cierta medida de orden, así como de las letras y los conocimientos de la antigüedad.

Constantinopla, la vieja capital del Imperio Bizantino, quedaba cada vez más reducida en su influencia. Probablemente el más alto logro del cristianismo bizantino fue la conversión de Rusia, alrededor del año 950.

Las relaciones entre Oriente y Occidente se fueron haciendo cada vez más tensas, hasta que por fin vino la ruptura definitiva en el año 1054.

[Page 13] **4. La alta Edad Media.** Desde el cisma entre Oriente y Occidente (1054) hasta que comienza la decadencia del papado (1303).*

* HC 1:233–344

HP 1:319–363 2:57–159 2:199–214

W 190–214 234–237

* HC 1:345–454

HP 2:161–197 2:214–308

W 225–234 238–254 285–291

La iglesia occidental estaba necesitada de una reforma radical, y ésta surgió por fin de entre las filas del monaquismo. Pronto los elementos monásticos que abogaban por una reforma llegaron a ocupar el papado, con lo cual apareció toda una serie de papas reformadores. Esto empero llevó a conflictos entre las autoridades seculares y las eclesiásticas, y sobre todo entre papas y emperadores.

Fue también la época de las cruzadas, que comenzaron en el año 1095 y perduraron por varios siglos. Y fue también la época en que tuvo lugar buena parte de la «Reconquista» española —el proceso de desalojar a los moros de la Península.

En parte como resultado de las cruzadas, hubo un gran auge en el comercio, y a consecuencia de ello un aumento en la población de las ciudades, que eran por naturaleza centros de comercio. El dinero, que prácticamente había desaparecido durante la baja Edad Media, comenzó a circular de nuevo. Con ello apareció una nueva clase, los «burgueses» (es decir, «citadinos»), que vivían del comercio y más tarde de la industria.

Como respuesta a los nuevos tiempos, surgieron varias nuevas órdenes monásticas. Las más importantes de ellas fueron los franciscanos y los dominicos. Estos produjeron un nuevo despertar en el trabajo misionero, y además se introdujeron en las universidades, donde [Page 14] llegaron a ser los principales exponentes de la teología de la época —la teología llamada «escolástica». Esta teología tuvo sus máximos exponentes en Buenaventura (franciscano) y Tomás de Aquino (dominico).

El crecimiento de las ciudades dio lugar además a las grandes catedrales. El estilo llamado «románico», que hasta entonces había dominado la arquitectura de la Edad Media, le cedió el lugar al «gótico», que produjo las más impresionantes catedrales de todos los tiempos.

Por último, fue también en esta época que el papado llegó al máximo de su prestigio y poderío, en la persona de Inocencio III (1198–1216). Pero ya para el fin de este período, en el año 1303, se veía claramente que el papado estaba en decadencia.

5. El fin de la Edad Media. Desde las primeras señales de decadencia del papado (1303) hasta la caída de Constantinopla (1453).*

La burguesía pujante se hizo aliada de la monarquía en cada país, y con ello se le puso fin al feudalismo y comenzaron a formarse las naciones modernas. Pero el nacionalismo mismo pronto vino a ser un obstáculo a la unidad de la iglesia. Durante buena parte de este período, Francia e Inglaterra estuvieron en guerra (la llamada «Guerra de los Cien Años»), y a esa guerra se sumó casi todo el resto de Europa. Fue además la época de la «peste», que decimó la población del continente y produjo grandes descalabros demográficos y económicos.

La decadencia del papado fue clara y abismal. [Page 15] Primero el papado quedó bajo la sombra y el dominio de Francia, hasta tal punto que la sede papal se trasladó de Roma a Aviñón, en las fronteras mismas de Francia (1309–1377). Luego vino el «Gran Cisma de Occidente», en el que hubo al mismo tiempo dos papas (y hasta tres) que se disputaban el trono de San Pedro (1378–1423).

Para resolver la cuestión surgió el movimiento conciliar, que esperaba que un concilio de toda la iglesia pudiera decidir quién era el verdadero papa. A la postre, el movimiento conciliar logró ponerle fin al cisma, y todos llegaron a concordar en un solo papa. Pero entonces el concilio mismo se dividió, de modo que había un papa, pero dos concilios. Además, bien pronto los papas se dejaron arrastrar por el espíritu del Renacimiento, que les llevó a ocuparse más de embellecer a Roma, de construir bellos palacios, y de guerrear con otros potentados italianos, que de la vida espiritual de su grey.

Al igual que el papado, la teología académica — es decir, la que tenía lugar en las universidades— cayó también en crisis. A base de distinciones cada vez más sutiles, y de un vocabulario cada vez más especializado, esta teología perdió contacto con la vida diaria de los cristianos, y dedicó buena parte de sus esfuerzos a cuestiones que no les interesaban sino a los teólogos mismos.

En respuesta a todo esto hubo varios movimientos reformadores, guiados por personas tales como Juan Wycliff, Juan Huss y Jerónimo Savonarola. Algunos esperaban que la reforma de la iglesia vendría a través del estudio y las letras. Otros, en fin, en lugar [Page 16] de tratar de reformar la iglesia, se refugiaron en el misticismo, que les permitía cultivar la vida espiritual y acercarse a Dios sin tener que lidiar con una iglesia corrupta y al parecer irreformable.

Mientras tanto el Imperio Bizantino, cada vez más débil, sucumbía por fin ante el avance de los turcos.

6. La Conquista y la Reforma. Desde la Caída de Constantinopla (1453) hasta fines del siglo XVI (1600).*

* HC 1:455–557

HP 2:309–351

W 254–285 291–334

Como bien lo indica el nombre que le hemos puesto a este período, durante él tuvieron lugar dos episodios harto importantes en la historia del cristianismo: (1) El «descubrimiento» y conquista de América. (2) La Reforma Protestante.

El «descubrimiento» y la conquista son bien conocidos, aunque rara vez pensamos en ellos como parte de la historia de la iglesia. Pero lo cierto es que en un período de escasamente cien años las naciones europeas se derramaron por el resto del mundo, y especialmente por América, y que a causa de ello se multiplicó enormemente el número de los que se llamaban cristianos. Esto es parte de nuestra historia, ha dejado su huella en nuestro modo de vivir la fe, y debemos estudiarlo.

La fecha que normalmente se señala como el comienzo de la Reforma es 1517, cuando Lutero clavó sus famosas 95 tesis. Aunque, como vimos en el período anterior, ya había movimientos reformadores desde mucho antes, lo cierto es que fue con Lutero y sus seguidores que el movimiento cobró un ímpetu [Page 17] incontentible.

Empero no todos los que abandonaron el catolicismo romano se hicieron seguidores de Lutero y de sus puntos de vista. Pronto surgió otro movimiento en Suiza, bajo la dirección primero de Ulrico Zwinglio, y luego de Juan Calvino, que dio origen a las iglesias que hoy llamamos «reformadas» y «presbiterianas». Otros tomaron posiciones más radicales, y sus enemigos les pusieron el nombre despectivo de «anabaptistas» — es decir, rebautizadores. De ellos vienen los menonitas y varios otros grupos. En Inglaterra hubo una reforma de carácter muy particular, que al mismo tiempo que siguió la teología de los reformadores (y especialmente de Calvino) mantuvo sus viejas tradiciones en cuanto al culto y el gobierno de la iglesia. Esta es la Iglesia de Inglaterra, de donde surgen las iglesias que hoy llamamos «anglicanas» y «episcopales».

En parte como respuesta a la Reforma Protestante, y en parte debido a su propia dinámica interna, la Iglesia Romana también pasó por un período de reforma que a veces se llama «contra-reforma», pero que es mucho más que eso.

Hacia el fin del período, y no sin luchas y hasta guerras, el protestantismo había echado profundas raíces en Alemania, Inglaterra, Escocia, Escandinavia y Holanda. En Francia, tras largas guerras en que la religión fue un factor importante, se había llegado a una situación en la que, aunque el rey era católico, se toleraba a los protestantes. En España, Italia, Polonia y otros países, los brotes de protestantismo, a veces bastante fuertes, habían sido extirpados a la fuerza.

[Page 18] 7. Los siglos XVII y XVIII. Durante este período las fuertes convicciones religiosas de diversos grupos —especialmente de católicos y protestantes— llevaron a cruentas guerras que en algunos casos diezmaron la población.* En Alemania y buena parte de Europa tuvo lugar la Guerra de los Treinta Años (1618–1648), posiblemente la más sangrienta que Europa había visto hasta entonces. En Francia se abandonó la anterior política de tolerancia. En Inglaterra tuvo lugar la revolución puritana, que llevó a la guerra civil, la ejecución del rey Carlos I, y otra serie de guerras, para por fin llegar a una situación muy parecida a la que existía antes de la revolución.

Tras todas estas guerras se encontraba el espíritu inflexible de las diversas ortodoxias —católica, luterana y reformada. Para cada una de estas ortodoxias, cada detalle de doctrina era sumamente importante, y por tanto no se debía permitir la más mínima desviación de la ortodoxia más estricta. El resultado fue, no sólo las guerras mencionadas más arriba, sino también una serie interminable de contiendas entre católicos, entre luteranos y entre reformados, quienes no lograban ponerse de acuerdo ni siquiera con sus propios correligionarios.

Una de las diversas reacciones a esta ortodoxia estricta, y al daño obvio que estaba causando, fue el auge del racionalismo.

Otra consecuencia fue el surgimiento de una serie de posturas que subrayaban más la experiencia y la obediencia que la ortodoxia. Tales fueron el pietismo [Page 19] y el movimiento moravo entre los luteranos, y el metodismo entre los anglicanos.

Otros, descontentos tanto con la ortodoxia como con el pietismo, siguieron la opción espiritualista y se dedicaron a buscar a Dios, no ya en la iglesia o la comunidad de creyentes, sino en la vida interna y privada.

Otros, en fin, decidieron abandonar Europa y partir hacia lugares donde esperaban establecer una nueva sociedad regida por los principios que ellos consideraban esenciales al evangelio —y que a veces incluían la into-

* HC 2:15–234

HP 3:9–252

W 335–444

* HC 2:255–368

HP 3:253–353

W 445–532 564–573

lerancia hacia cualquiera posición distinta de la de ellos. Este fue el origen de las colonias británicas en Nueva Inglaterra.

8. El siglo XIX. Este fue el gran siglo de la modernidad.*

Comenzó con una serie de convulsiones políticas que les abrieron el paso a los ideales de la democracia y de la libre empresa —la independencencia norteamericana, la revolución francesa, y luego la independencencia de las naciones latinoamericanas. Parte del ideal de estas nuevas naciones era la libertad de conciencia, de modo que a nadie se le obligara a afirmar aquello de lo que no estaba convencido. Pero esto, unido al racionalismo que ya venía ganando adeptos desde el período anterior, llevó a muchos a pensar que solamente una fe estrictamente racional era compatible con el mundo moderno.

Esta actitud se puso de manifiesto especialmente [Page 20] entre los teólogos protestantes, sobre todo en Alemania, pero también en otras partes. Este fue el origen del «liberalismo», doctrina muy difundida en el siglo diecinueve.

Si el protestantismo —o al menos sus teólogos y portavoces académicos— erraron en mostrarse demasiado abiertos a las innovaciones del mundo moderno, el catolicismo siguió el camino contrario. Prácticamente todo lo que fuera moderno —la democracia, la libertad de conciencia, las escuelas públicas— le parecía herejía, y como tal lo condenó el papa Pío IX. Además, como parte de esa política reaccionaria, fue durante este período que el papa fue declarado infalible (I Concilio Vaticano, 1870).

Por otra parte, mientras en Europa muchos pensaban que el cristianismo era cosa del pasado, fue durante este período que la fe cristiana alcanzó tal expansión geográfica que por primera vez vino a ser verdaderamente universal. Ciertamente, uno de los elementos más importantes de la historia de la iglesia durante el siglo XIX fue su expansión misionera —especialmente la protestante— en Asia, Oceanía, Africa, el mundo musulmán y América Latina.

9. El fin de la modernidad.*

Los principios racionalistas de los siglos anteriores, especialmente en su aplicación a las ciencias y la tecnología, arrojaron resultados inesperados. En el apogeo de la modernidad, se pensó que la humanidad se asomaba a una época gloriosa de abundancia y felicidad. Todos los problemas humanos tendrían solución mediante el uso de la razón y su [Page 21] hermana menor, la tecnología. Las naciones industrializadas del Atlántico del Norte (Europa y los Estados Unidos) llevarían al mundo hacia ese futuro mejor.

Pero el siglo XX se ocupó de ponerles fin a tales sueños con una serie de acontecimientos que mostraron que la supuesta promesa de la modernidad no era sino un sueño.

En todo el mundo ocurrió una rápida descolonización. Esto también fue parte del fin de la modernidad, pues lo que ocurrió fue que se perdió la confianza en las promesas de la modernidad, que habían sido la justificación de la empresa colonizadora. En Asia, Africa y América Latina, hubo una fuerte reacción, tanto política como intelectual, contra el colonialismo y el neocolonialismo.

Para analizar el impacto de esos acontecimientos en la vida de la iglesia, lo más sencillo es comenzar siguiendo el curso de las tres principales ramas del cristianismo: la oriental, la católica romana, y la protestante.

A principios del siglo XX, toda la iglesia oriental se vio sacudida por la revolución rusa, y por su impacto en Europa oriental. El marxismo, tal como se le aplicó en la Unión Soviética, era una versión de la promesa moderna. Pero hacia fines del siglo XX resultaba claro que la empresa había fracasado, y la Iglesia Rusa, que por varias décadas había tenido que existir bajo fuerte presión gubernamental, mostraba nuevas señales de vida.

El catolicismo romano continuó su lucha contra ciertos aspectos de la modernidad a través de toda la [Page 22] primera mitad del siglo. Fue a partir de 1958, con el advenimiento al trono papal de Juan XXIII, que esa iglesia comenzó a abrirse al mundo moderno. Pero ya para entonces, el mundo a que la iglesia se abrió se movía rápidamente hacia la postmodernidad, y la teología que siguió al Segundo Concilio Vaticano se volvió cada vez más crítica de la modernidad —aunque no a base de la actitud reaccionaria de generaciones anteriores, sino mirando hacia un futuro allende la modernidad.

El optimismo de los teólogos protestantes liberales en Europa se vio sacudido por las dos guerras mundiales. Lo mismo sucedió en los Estados Unidos, aunque en menor grado y más lentamente. En cierto modo, la rebelión de Karl Barth contra el liberalismo fue un primer anuncio de la necesidad de una teología postmoder-

* HC 2:239–492

HP 3:335–439

W 532–564 573–589

* HC 2:493–558

HP 3:441–491

W 591–609

na. En los Estados Unidos, las luchas por los derechos civiles, y los conflictos y crisis sociales de fin de siglo, jugaron un papel parecido.

Por otra parte, en todas las tradiciones cristianas hubo también una reacción paralela al anticolonialismo. Las iglesias «jóvenes», producto de la empresa misionera, comenzaron a reclamar su autonomía y su derecho y obligación de interpretar el Evangelio dentro de su propio contexto y desde su propia perspectiva. En América Latina, una de las más notables manifestaciones de esta tendencia fue el auge del movimiento pentecostal. En todas partes del mundo, las minorías étnicas y culturales dentro de la iglesia, así como también las mujeres, hicieron oír su voz.

El resultado fue un nuevo tipo de ecumenismo. El movimiento ecuménico había surgido principalmente [Page 23] del impulso y las necesidades misioneras. Ahora, con el auge de las iglesias jóvenes, tomó un nuevo giro. Y lo mismo puede decirse del movimiento misionero mismo, en el que las «iglesias jóvenes» ocuparon un lugar cada vez más importante.

1.

La iglesia antigua

Desde los inicios del cristianismo hasta que Constantino les puso fin a las persecuciones (Edicto de Milán, año 313).^{} Fue un período formativo que marcó pauta para toda la historia de la iglesia, pues hasta el día de hoy seguimos viviendo bajo el influjo de algunas de las decisiones que se tomaron entonces.*

El cristianismo surgió en un mundo que tenía ya sus propias religiones, sus culturas y sus estructuras políticas y sociales.

Para entender la historia del cristianismo, hay que saber algo acerca de ese trasfondo en el que la nueva fe se abrió camino y fue estructurando su vida y sus doctrinas.

El trasfondo más inmediato de la naciente iglesia fue el judaísmo —primero el judaísmo de Palestina, y luego el que existía fuera de la Tierra Santa.^{*}

El judaísmo de Palestina no era ya el que conocemos a través de los libros del Antiguo Testamento. Más de trescientos años antes de Cristo, Alejandro Magno (o Alejandro el Grande) había creado un vasto imperio que se extendía desde Grecia hasta Egipto y hasta las fronteras de la India, y que por tanto **[Page 26]** incluía toda la Palestina. Una de las consecuencias de esas conquistas fue el «helenismo», nombre que se le da a la tendencia de combinar la cultura griega que Alejandro había traído con las antiguas culturas de cada una de las tierras conquistadas.

A la muerte de Alejandro, algunos de su sucesores quedaron como dueños de Siria y Palestina. Contra ellos se rebelaron los judíos bajo la dirección de los Macabeos, y lograron un breve período de independencia, hasta que los romanos conquistaron el país en el año 63 a.C.^{*} Por tanto, cuando Jesús nació Palestina era parte del Imperio Romano.

Este judaísmo de Palestina no era todo igual, sino que había en él diferentes partidos y posturas religiosas.^{*} Entre ellos se destacan los zelotes, los fariseos, los saduceos y los esenios. Estos grupos diferían en cuanto al modo en que se debía servir a Dios, y también en sus posturas frente al Imperio Romano. Pero todos concordaban en que hay un solo Dios, que ese Dios requiere cierta conducta de su pueblo, y que algún día ese Dios cumplirá sus promesas a ese pueblo.

Fuera de Palestina, el judaísmo contaba con fuertes contingentes en Egipto, Asia Menor, Roma y hasta los territorios de la antigua Babilonia. Esto es la llamada «Dispersión» o «Diáspora».^{*} El judaísmo de la Diáspora daba señales del impacto de las culturas circundantes. En el Imperio Romano, esto se manifestaba en el uso de la lengua griega —la lengua más generalizada en el mundo helenista— por encima del hebreo o del arameo —la lengua más usada en la parte de la Diáspora que se **[Page 27]** extendía hacia Babilonia. Fue por eso que en la Diáspora —en Egipto— el Antiguo Testamento se tradujo al griego. Esa traducción se llama la «Septuaginta», y fue la Biblia que los cristianos de habla griega usaron por mucho tiempo.^{*} También en Egipto vivió el judío helenista Filón de Alejandría, que trató de combinar la filosofía griega con el judaísmo, y fue por tanto precursor de los muchos teólogos cristianos que trataron de hacer lo mismo con el cristianismo.

Empero desde bien temprano la iglesia comenzó a abrirse camino más allá de los límites del judaísmo, hasta tal punto que pronto se volvió una iglesia mayormente de gentiles. Para entender ese proceso, hay que saber algo del ambiente político y cultural de la época.

^{*} HC 1:25–124

HP 1:29–251

W 1–111

^{*} HC 1:7–13

HP 1:29–46

W 11–18

^{*} HC 1:26

^{*} HC 1:27

HP 1:33–36

W 13–14

^{*} HC 1:28–30

HP 1:39–46

W 16–18

^{*} HC 1:29

HP 1:39–42

W 17

En lo político, toda la cuenca del Mediterráneo era parte del Imperio Romano, que le había dado unidad a la región.* En cierto modo, esa unidad política facilitó la expansión del cristianismo. Pero esa unidad se basaba también en el sincretismo, en que florecía toda clase de religión y de mezcla de religiones, y que fue una de las peores amenazas al cristianismo.* Y esa unidad política se basaba también en el culto al emperador, que fue una de las causas de la persecución contra los cristianos.

En el campo de la filosofía, predominaban las ideas de Platón y de su maestro Sócrates, que hablaban de la inmortalidad del alma y de un mundo invisible y puramente racional, más perfecto y permanente que este mundo de «apariencias».* **[Page 28]**

Además, el estoicismo, doctrina filosófica que proponía altos valores morales, había alcanzado gran auge.*

Dentro de ese marco, la nueva fe se fue abriendo camino, pero al mismo tiempo se fue definiendo a sí misma.

Aparte los libros del Nuevo Testamento, los escritos cristianos más antiguos que se conservan son los de los llamados «Padres apostólicos».* Es a través de estas cartas, sermones y tratados que sabemos algo acerca de la vida y enseñanzas de los cristianos de la época.

La primera y más importante tarea del cristianismo fue definir su propia naturaleza ante el judaísmo del cual surgió. Como se ve en el Nuevo Testamento, buena parte del contexto en que tuvo lugar esa definición fue la misión a los gentiles.*

Esta es una historia que conocemos principalmente por el Nuevo Testamento. Allí vemos, especialmente en las cartas de Pablo y en el libro de Hechos, el reflejo de las difíciles decisiones que la iglesia tuvo que hacer en sus primeras décadas. ¿Sería el cristianismo una nueva secta dentro del judaísmo? ¿Se abriría a los gentiles? ¿Cuánto del judaísmo tendrían que aceptar los gentiles conversos? Tales fueron las preguntas que dominaron la vida de la iglesia en sus primeras décadas.

*Pronto el cristianismo tuvo sus primeros **[Page 29]** conflictos con el estado.... Esos conflictos con el estado produjeron mártires y «apologistas». Los primeros sellaron su testimonio con su sangre.*

En el libro de Hechos, cuando se persigue a los cristianos, quienes lo hacen son generalmente los jefes religiosos entre los judíos. Lo que es más, en varias ocasiones las autoridades del Imperio intervienen para detener un motín, y salvan así de dificultades a los cristianos.

Pronto, sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar, y fue el Imperio el que empezó a perseguir a los cristianos.* En el siglo primero, las peores persecuciones tuvieron lugar bajo Nerón (emperador del 54 al 68) y Domiciano (81–96).* Aunque cruentas, parece que estas persecuciones fueron relativamente locales.

En el siglo II la persecución se fue haciendo más general, aunque en términos generales se siguió la política de Trajano (98–117), de castigar a los cristianos si alguien los delataba, pero no emplear los recursos del estado para buscarlos.* Por ello, la persecución fue esporádica, y dependía en mucho de circunstancias locales.* Entre los mártires del siglo II se cuentan Ignacio de Antioquía, de quien tenemos siete cartas, Policarpo de Esmirna, de cuyo martirio se conserva un relato bastante fidedigno, y los mártires de León y Viena, en la Galia.

En el siglo III, aunque con largos intervalos de relativa tranquilidad, la persecución fue arrojando.* El emperador Septimio Severo (193–211) siguió una política sincretista, y decretó la pena de muerte a quien se convirtiera a **[Page 30]** religiones exclusivistas como el judaísmo o el cristianismo. Bajo él sufrieron el martirio Perpetua y Felicidad. Decio (249–251) ordenó que todos sacrificaran ante los dioses, y que se expidieran certificados al respecto. Los cristianos que se negaran a ello debían ser tratados como criminales. Valeriano (253–260) siguió una política semejante.

* HC 1:30–32

HP 1:46–53

* HC 1:31

* HC 1:33–34

HP 1:47–50

* HP 1:50–51

W 7

* HP 1:61–94

* HC 1:35–46

W 22–48

* W 48–50

* HC 1:47–54

* HC 1:55–66

* HP 1:70–82

* HP 1:103–110

W 83–87

Empero la peor persecución vino bajo Diocleciano (284–305) y sus sucesores inmediatos.* Primero se expulsó a los cristianos de las legiones romanas. Luego se ordenó la destrucción de sus edificios y libros sagrados. Por último la persecución se hizo general, y se comenzó a practicar contra los cristianos toda clase de torturas y suplicios.

A la muerte de Diocleciano, algunos de sus sucesores continuaron la misma política, hasta que dos de ellos, Constantino (306–337) y Licinio (307–323) le pusieron fin a la persecución mediante el llamado «Edicto de Milán» (año 313).

Fue dentro de ese contexto que la nueva fe tuvo que determinar su relación con la cultura que le rodeaba, así como con las instituciones políticas y sociales que eran expresión y apoyo de esa cultura. Los apologistas trataron de defender la fe cristiana frente a las acusaciones de que era objeto. (Y algunos, como Justino, fueron primero apologistas y a la postre mártires.) Fue en ese intento de defender la fe que se produjeron algunas de las primeras obras teológicas del cristianismo.*

En cierta medida, las persecuciones se basaban [Page 31] en una serie de rumores y opiniones que circulaban en torno a los cristianos. De ellos se decía, por ejemplo, que practicaban varias formas de inmoralidad. Y se decía también que su doctrina carecía de sentido, y que era propia de gente que no pensaba.

En respuesta a esto, los apologistas escribieron una serie de obras con el doble propósito de desmentir los falsos rumores en cuanto a las prácticas cristianas, y de mostrar que el cristianismo no era una sinrazón.* Luego, la tarea principal que los apologistas se impusieron fue aclarar la relación entre la fe cristiana y la antigua cultura grecorromana.

Algunos de los apologistas adoptaron hacia esa cultura una actitud francamente hostil.* Su defensa del cristianismo consistía principalmente en mostrar que la cultura supuestamente superior del mundo grecorromano no lo era en realidad.* El principal apologista que tomó esta postura fue Taciano.

Otros adoptaron la postura contraria. En lugar de atacar la cultura pagana, sostuvieron que esa cultura tenía ciertos valores, pero que esos valores le venían del cristianismo, o al menos del judaísmo. Así, un argumento común fue que, puesto que Moisés fue antes de Platón, todo lo bueno que Platón dijo lo aprendió de Moisés.

Pero el argumento más poderoso, y el que a la postre hizo fuerte impacto en la teología cristiana, fue el de Justino con respecto al «Logos» o Verbo de Dios.* Justino fue el más grande de los apologistas del siglo II, y a la postre selló su propia fe con su sangre —por lo que se le conoce [Page 32] como «Justino Mártir». Según él, como dice el Evangelio de Juan, el Verbo o Logos de Dios alumbró a todos lo que vienen al mundo —inclusive los que vinieron antes de la encarnación del Verbo en Jesús. Por tanto, toda luz que cualquier persona tenga o haya tenido la recibe del mismo Verbo que los cristianos conocen en Jesucristo. De ese modo, Justino podía aceptar cualquier cosa de valor que encontrara en la cultura y filosofía paganas, y añadirla a su entendimiento de la fe. A través de los siglos, esta doctrina del Logos como fuente de toda verdad, doquiera ésta se encuentre, ha hecho fuerte impacto en la teología cristiana, y en el modo en que algunos cristianos se han relacionado con la cultura circundante.

*Pero había además otros retos a la fe: lo que la mayoría de los cristianos llamó «herejías» —es decir, doctrinas que hacían peligrar el centro mismo del mensaje cristiano.**

El crecimiento de la iglesia trajo a su seno personas con toda clase de trasfondo religioso, y esto a su vez dio lugar a diversas interpretaciones del cristianismo. Aunque en la iglesia había existido siempre cierta diversidad teológica, pronto se vio que algunas de esas interpretaciones tergiversaban la fe de tal modo que parecían amenazar el centro mismo del mensaje cristiano. A esas doctrinas se les dio el nombre de «herejías».

* HC 1:119–124

W 108–111

* HC 1:67–76

HP 1:95–117

W 50–52

* HC 1:68–71

* HC 1:72–75

* HP 1:107–109

* HP 1:100–107

W 51–52

* HC 1:77–80

HP 1:119–143

W 53–59

La principal de esas herejías fue el gnosticismo.* Este era todo un conglomerado de ideas y escuelas que diferían en muchos puntos, pero que tenían otros elementos comunes. Entre [Page 33] esos elementos comunes se contaban: Primero, una actitud negativa hacia el mundo material, de modo que la «salvación» consistía en escapar de la materia. Segundo, la idea de que esa salvación se lograba mediante un conocimiento o «gnoosis» especial, mediante el cual el creyente podía escapar de este mundo y ascender al espiritual. Es por razón de esa «*gnosis*» que se le llama «gnosticismo».

No todos los gnósticos eran cristianos. Pero entre los cristianos el gnosticismo amenazaba la fe en varios puntos fundamentales: negaba la creación, que dice que este mundo es la buena obra de Dios; negaba la encarnación, que dice que Dios mismo se hizo carne física (esta doctrina, que Jesús no tenía cuerpo verdadero como el nuestro, es lo que se llama «docetismo»); y negaba la resurrección final, que dice que en la vida eterna tendremos cuerpos.

La otra «herejía» que le presentó un grave reto al cristianismo fue la doctrina de Marción.* Al igual que los gnósticos, Marción negaba que un Dios bueno pudiera haber hecho este mundo material. Por ello decía que el Dios del Antiguo Testamento no era el Padre de Jesús, sino un ser inferior. Decía además que mientras Jehová es vengativo y cruel, el verdadero y supremo Dios es amante y perdonador. A diferencia de los gnósticos, que no fundaron iglesias, Marción fundó una iglesia marcionita. Además, puesto que rechazaba el Antiguo Testamento, hizo una lista de libros que él consideraba inspirados. Aunque difería mucho de nuestro Nuevo Testamento actual, ésta fue la primera lista de libros del Nuevo Testamento.

[Page 34] Fue principalmente en respuesta a esas herejías que surgieron el canon (o lista de libros) del Nuevo Testamento, el credo llamado «de los apóstoles», y la doctrina de la sucesión apostólica.*

Aunque desde antes la iglesia había utilizado los evangelios y las cartas de Pablo, lo que le llevó definitivamente a insistir en que ciertos libros cristianos eran Escritura y otros no, fue el reto de las herejías.* Frente a los herejes que proponían sus propias escrituras, o sus propias listas de libros, la iglesia empezó a determinar cuáles libros eran parte de las Escrituras cristianas, y cuáles no.

Al mismo tiempo y por las mismas causas, apareció en Roma el llamado «símbolo romano».* Este era una confesión de fe que después evolucionó hasta formar lo que hoy llamamos «Credo de los Apóstoles». Está claro que el propósito de ese credo es rechazar las doctrinas de los gnósticos y de Marción.

Por último, la iglesia respondió señalando a las líneas ininterrumpidas de líderes en las principales iglesias —líneas que se remontaban hasta los apóstoles mismos.* Este es el origen de la «sucesión apostólica», cuyo sentido original no era exactamente el mismo que se le dio después.

Todos estos elementos produjeron una iglesia más organizada, y con doctrinas y prácticas más definidas.* Esto es lo que algunos historiadores llaman «la iglesia católica antigua».

[Page 35] Tras los apologistas vinieron los primeros grandes maestros de la fe —personas tales como Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes y Cipriano. Estos escribieron obras cuyo impacto se deja ver todavía.

Ireneo, Tertuliano y Clemente vivieron hacia fines del siglo II y principios del III.

Ireneo era oriundo de Esmirna, en Asia Menor, pero la mayor parte de su vida la pasó en Lión, en lo que hoy es Francia.* Era pastor, y consideraba que su tarea como teólogo consistía en fortalecer a su grey, sobre

* HC 1:77–79

HP 1:124–134

W 53–56

* HC 1:79–80

HP 1:134–139

W 56–57

* HC 1:80–86

HP 1:143–154

W 59–65

* HC 1:80–82

HP 1:145–147

* HC 1:82–83

HP 1:148–153

* HC 1:84–85

HP 1:144–145

* HC 1:85–86

HP 1:143–144

* HC 1:88–91

HP 1:155–168

W 65–67

todo contra las herejías. Su teología no pretende ser original, sino que trata de afirmar lo que él aprendió de sus maestros. Precisamente por eso hay hoy un nuevo interés en él, pues sus escritos nos ayudan a conocer la más antigua teología cristiana.

Tertuliano vivió en Cartago, en el norte de África.* Sus inclinaciones eran principalmente legales. Escribió en defensa de la fe contra los paganos, y también contra varias herejías. Fue quien primero empleó la fórmula «una substancia, tres personas» para referirse a la Trinidad, y también quien primero habló de la encarnación en términos de «una persona, dos substancias».

Clemente de Alejandría siguió las líneas trazadas por Justino, buscando conexiones entre la fe y la filosofía griega.* En esto le siguió Orígenes, a principios del siglo III.* Orígenes fue un escritor prolífico, dado a las especulaciones filosóficas. Aunque después de su muerte muchas de sus doctrinas más extremas fueron [Page 36] rechazadas y condenadas por la iglesia, por largo tiempo la inmensa mayoría de los teólogos de habla griega fueron de un modo u otro sus seguidores.

Cipriano era obispo de Cartago (donde antes había vivido Tertuliano) cuando estalló la persecución de Decio (año 249).* Cipriano huyó y se escondió, con el propósito de poder continuar dirigiendo la vida de la iglesia desde su escondite. Cuando pasó la persecución algunos le echaron en cara el haber huido. Después murió como mártir en otra persecución (258). Por todo esto, la principal cuestión que Cipriano discutió fue la de los «caídos», es decir, quienes habían abandonado la fe en tiempos de persecución y después deseaban volver al seno de la iglesia. Además, en parte por otras razones, tuvo conflictos con el obispo de Roma. En la discusión que surgió de todo esto, Cipriano expuso sus ideas sobre la naturaleza y el gobierno de la iglesia.

Por la misma época también se discutía en Roma la cuestión de la restauración de los caídos.* La figura más importante en esa discusión fue Novaciano, quien también escribió sobre la Trinidad.

Por último, es importante señalar que, a pesar de la escasez de documentos, es posible saber algo acerca de la vida y el culto cristiano durante estos primeros años.

Durante todo este período el acto central del culto cristiano era la comunión.* Esta era gozosa, pues era una celebración de la [Page 37] resurrección y un anticipo del retorno de Jesús. Por eso, para celebrar la resurrección, era que el culto se celebraba el domingo, día de la resurrección del Señor. Además, como anticipo del gran banquete celestial, la comunión era originalmente toda una cena. Después, por diversas razones, se limitó al pan y al vino. Además, pronto surgió la costumbre de celebrar el culto junto a las tumbas de los mártires y otros cristianos fallecidos, en lugares tales como las catacumbas de Roma.

Parece que al principio diversas iglesias tuvieron distintas formas de gobierno, y que los títulos de «presbítero» y «obispo» eran semejantes. Pero ya a fines del siglo II se había establecido el sistema de tres niveles de ministros: diáconos, presbíteros y obispos. Además, había ministerios específicos para las mujeres, especialmente dentro del monaquismo.

[Page 38]

* HC 1:94–98

HP 1:169–183

W 67–70

* HC 1:91–94

HP 1:188–201

W 77–78

* HC 1:98–101

HP 201–220

W 78–83

* HC 1:108–110

HP 1:230–238

W 70–71

* HP 1:227–230

* HC 1:111–118

W 92–99

2.

El imperio cristiano

*Desde el Edicto de Milán (313) hasta la deposición del último emperador romano de Occidente (476).**

Con la «conversión» del emperador Constantino, las cosas cambiaron radicalmente. La iglesia perseguida se volvió la iglesia tolerada, y pronto vino a ser la religión oficial del Imperio Romano. Como consecuencia de ello la iglesia, que hasta entonces estuvo formada principalmente por personas de las clases más pobres de la sociedad, se abrió campo entre la aristocracia.

La «conversión» de Constantino fue un proceso lento, paralelo a la ruta que llevó a Constantino al poder absoluto sobre todo el Imperio. Poco a poco, Constantino fue venciendo a sus rivales y extendiendo su poderío. Aunque apoyaba a los cristianos, no se bautizó sino en el lecho de muerte, y nunca renunció al título de Sumo Sacerdote del paganismo, que como emperador le correspondía.

Aunque al morir Constantino el cristianismo no era todavía la religión oficial del imperio (no lo sería sino hacia fines de ese siglo IV), la política de Constantino y sus sucesores hizo gran impacto en la vida religiosa del Imperio Romano.* La [Page 40] iglesia, antes perseguida, gozó de un prestigio y hasta de un poderío siempre crecientes. En consecuencia, fueron muchos los que se añadieron a ella, especialmente entre la aristocracia que hasta poco antes había visto la fe cristiana como cosa de gente ignorante y despreciada.

La conversión de Constantino también impactó el culto cristiano.* Al fundar la ciudad de Constantinopla, en el sitio donde estaba la antigua Bizancio, la dotó de iglesias. Y lo mismo hicieron en Palestina y otros lugares tanto él como su madre y luego sus sucesores. El resultado fue un culto cada vez más formal en el que se imitaban algunos de los usos de la corte. Y comenzó a aparecer además una arquitectura típicamente cristiana, cuya forma típica es la «basílica».

El cambio no fue fácil, y hubo cristianos que respondieron de muy diversas maneras.

Algunos se mostraron tan agradecidos por la nueva situación, que se les hacía difícil adoptar una actitud crítica ante el gobierno y la sociedad.

Aunque es de suponerse que tal fue la actitud más frecuente entre el común de los cristianos, el principal exponente de esta postura es Eusebio de Cesarea.* Eusebio había vivido a través de las persecuciones, y por tanto la nueva actitud por parte del gobierno le parecía un milagro. Su obra más famosa, la *Historia eclesiástica*, da la impresión de que desde el principio Dios estaba preparando el camino para esta gran unión entre la iglesia y el Imperio.

*Otros huyeron al desierto o a otros lugares [Page 41] apartados y se dedicaron a la vida monástica.**

Aunque los orígenes del monaquismo se remontan a tiempos antes de Constantino, las nuevas condiciones impulsaron a muchos a seguir el ideal monástico. Ahora que ya no era posible el cristianismo heroico de los mártires, muchos optaron por el cristianismo heroico de los ascetas—es decir, quienes se dedicaban a una vida de renunciación y contemplación.

Los lugares favoritos de los primeros monjes eran el desierto de Egipto y otros lugares semejantes. En Egipto vivieron Pablo y Antonio, dos ermitaños a quienes distintos autores antiguos conceden el honor de haber fundado el monaquismo.

Aunque al principio los monjes vivían solos (la palabra «monje» quiere decir «solitario») pronto comenzaron a agruparse para compartir recursos y enseñanzas. Por fin surgió un nuevo tipo de monaquismo. Este nuevo monaquismo se caracterizaba por la vida en comunidades (lo que ahora llamamos «monasterios»), y recibe el nombre de «cenobita». Se dice que su fundador fue Pacomio. Y, aunque haya habido otras comunidades antes de las pacomianas, lo cierto es que Pacomio fue el gran organizador del monaquismo cenobítico en Egipto.

* HC 1:125–232

HP 1:253–318 1:305–367 2:11–56

W 112–190

* HC 1:129–144

W 112–114

* HC 1:41–144

* HC 1:145–150

* HC 1:151–162

W 136–138

El monaquismo se extendió rápidamente por toda la iglesia, y contó entre sus principales propulsores a personajes tales como Jerónimo y Basilio el Grande.

*Algunos sencillamente rompieron con la iglesia mayoritaria, insistiendo en que ellos eran la verdadera iglesia.**

[Page 42] Esto sucedió especialmente en el norte de Africa, en Numidia, Mauritania, y los alrededores de Cartago. La razón teológica que se le dio al cisma fue la restauración de los caídos, y sobre todo el debate sobre si los ministros caídos tenían todavía potestad de celebrar sus funciones ministeriales. Pero en realidad el cisma tenía también raíces raciales y sociales, pues la población de la región estaba socialmente estratificada, y el cisma siguió una estratificación semejante.

Puesto que uno de los principales jefes del grupo cismático se llamaba Donato, a los cismáticos se les dio el nombre de donatistas.

El bando más radical de los donatistas era el de los «circunceliones», que andaban escondidos en las zonas más remotas y hacían uso de las armas para defender su causa. Aunque las autoridades imperiales trataron de suprimirlos mediante las armas, los circunceliones continuaron existiendo por lo menos hasta las conquistas árabes del siglo VII.

*Tampoco faltó la reacción de los paganos, que deseaban volver a la vieja religión y su antigua relación con el estado.**

A Constantino le sucedieron sus tres hijos Constantino II, Constancio y Constante. A la muerte del último de ellos, Constancio, le sucedió su primo hermano Juliano, a quien se conoce como «el Apóstata» (aunque en verdad nunca parece haber sido cristiano).

Juliano trató de restaurar la vieja gloria del paganismo. Aunque no persiguió a los cristianos, les quitó todos los privilegios que sus predecesores les habían dado, y se dedicó también a ridiculizar el [Page 43] cristianismo. Al mismo tiempo, trató de reorganizar el paganismo siguiendo el modelo de la iglesia cristiana. Pero su gestión no tuvo gran éxito, y a su muerte sus reformas fueron abandonadas.

Los más destacados líderes del cristianismo adoptaron una postura intermedia: siguieron viviendo en las ciudades y participando de la vida de la sociedad, pero con un espíritu crítico. Fue así que, librada de la constante amenaza de persecución, la iglesia produjo algunos de sus mejores maestros — razón por la cual se puede llamar a este período «la era de los gigantes». Fue una época en que se escribieron grandes tratados teológicos, así como importantes obras de espiritualidad y la primera historia de la iglesia.

Atanasio de Alejandría fue el gran defensor de las decisiones del Concilio de Nicea (ver más abajo).^{*} Por ello chocó con las autoridades imperiales que trataban de deshacer lo hecho en el Concilio de Nicea (año 325), y las vicisitudes políticas de la época le obligaron a repetidos exilios. Posiblemente su mayor contribución estuvo en lograr un entendimiento entre los que sostenían la fórmula de Nicea («homousios», de la misma substancia) y quienes preferían otra fórmula («homoiusios», de semejante substancia) para rechazar el arrianismo que había sido condenado en Nicea.

Esta obra fue continuada por los «grandes capadocios»—título que se les da generalmente a Basilio de Cesarea, Gregorio [Page 44] de Nisa y Gregorio de Nacianzo.^{*} La hermana mayor de dos de ellos, Macrina, no siempre ha sido recordada por los historiadores. Pero jugó un papel importante en la vida de sus hermanos y, a través de ellos, del resto de la iglesia. Basilio el Grande, hermano de Macrina, fue obispo de Cesarea. Escribió un importante tratado sobre el Espíritu Santo. Su hermano menor, Gregorio de Nisa, fue sobre todo un místico. El amigo de ambos, Gregorio de Nacianzo, fue un famoso orador. Una de sus obras más importantes es *Cinco discursos teológicos acerca de la Trinidad*. Trabajando en conjunto, los capadocios continuaron la labor de Atanasio, clarificando la doctrina de la Trinidad hasta que ésta fue proclamada definitivamente por el Concilio de Constantinopla (año 381).

Ambrosio de Milán fue un alto funcionario del Imperio hasta que fue inesperadamente electo como obispo de Milán.^{*} Chocó repetidamente con la emperatriz Justina, quien defendía el arrianismo, y luego con el podero-

* HC 1:163–167

* HC 1:179–183

* HC 1:185–192

HP 1:279–288

W 117–125

* HC 1:193–202

HP 1:289–309

W125–127

* HC 1:203–208

W 140–141

sísimo emperador Teodosio, cuya crueldad reprendió. Su predicación fue instrumento para la conversión de Agustín.

Juan Crisóstomo («boca de oro») fue uno de los más famosos predicadores de todos los tiempos. * Oriundo de Antioquía, llegó a ser Patriarca de Constantinopla, donde atacó las injusticias de los poderosos. Por ello murió en el destierro.

Jerónimo fue un hombre de alta cultura clásica, quien se refugió como monástico en Palestina. * Su principal contribución fue la traducción de la Biblia al latín de la época. Esa [Page 45] traducción, conocida como la *Vulgata*, fue la Biblia que empleó el Occidente latino durante toda la Edad Media.

Por último, Agustín de Hipona se crió en el norte de Africa. * Su madre, Mónica, hizo todo lo posible porque aceptara el cristianismo. Pero Agustín se hizo maniqueo (doctrina dualista parecida al gnosticismo), y luego neoplatónico. Por fin se convirtió en Milán, donde enseñaba retórica. Regresó al Africa, para vivir como monje, pero poco tiempo después fue hecho obispo de Hipona.

Como obispo, Agustín escribió contra el maniqueísmo, el donatismo y el pelagianismo. Este último era una doctrina que subrayaba la iniciativa humana en la salvación. Frente al donatismo, Agustín desarrolló su doctrina de la iglesia. Y frente al pelagianismo, su doctrina de la gracia y la predestinación. Además, cuando algunos paganos empezaron a decir que Roma había caído en poder de los godos (año 410) por haberse hecho cristiana, Agustín refutó esa posición en su extensa obra *La ciudad de Dios*. Sus *Confesiones*, en las que declara cómo Dios le guió hasta hacerle cristiano, han llegado a ser una de las obras más leídas e influyentes.

Cuando Agustín murió, en el año 430, los vándalos tenían sitiada la ciudad de Hipona —señal de que la vieja civilización se derrumbaba, y una nueva era comenzaba a despuntar.

*Pero esta época también produjo fuertes controversias teológicas —sobre todo la que giró alrededor del arrianismo y la doctrina trinitaria.**

[Page 46] Ya hemos hecho referencia a controversias alrededor de doctrinas tales como el donatismo y el pelagianismo. Pero ninguna controversia fue tan aguda como la que giró alrededor del arrianismo. Esta comenzó en Alejandría, pero pronto involucró a toda la iglesia.

Arrio era un presbítero de Alejandría que sostenía que el Verbo que se encarnó en Jesús, aunque existía antes que todo el resto de la creación, no era Dios mismo, sino que era la primera de todas las criaturas.

En respuesta a la controversia, Constantino convocó a un concilio de todos los obispos. Este concilio se reunió en Nicea en el año 325, y se le llama también «Primer Concilio Ecuménico». Allí el arrianismo fue condenado, y se promulgó un credo que, con algunas variaciones, es lo que hoy llamamos el «Credo Niceno».

Pero la controversia no terminó. Muchos no quedaron contentos con las decisiones de Nicea, que parecían decir que el Hijo es lo mismo que el Padre. Además, las vicisitudes políticas le añadieron fuego a la controversia.

Fue en esas circunstancias que teólogos tales como Atanasio y los Capadocios trabajaron en busca de fórmulas y explicaciones que sirvieran para refutar el arrianismo.

Por fin, en el Segundo Concilio Ecuménico (Constantinopla, 381), el arrianismo fue definitivamente condenado y se confirmó la doctrina trinitaria. (Pero ya el arrianismo se había extendido a algunos de los vecinos pueblos «bárbaros», y por ello más adelante, [Page 47] cuando estos pueblos invadieran el Imperio, el arrianismo cobraría nuevas fuerzas.)

*Terminó este período con las invasiones de los «bárbaros», pueblos germánicos que invadieron el Imperio Romano y se asentaron en sus territorios. En el año 410, los godos tomaron y saquearon la misma Roma. Y en el 476 el último emperador (Rómulo Augústulo) fue depuesto.**

Aunque esto le puso fin al Imperio Romano de Occidente, en el Oriente el imperio continuó existiendo por mil años más. Pero aun en el Occidente, el ideal del imperio cristiano no desapareció. Repetidamente veremos

* HC 1:209–214

W 141–142

* HC1:215–220

W 173–175

* HC 1:221–229

HPC 2:11–56

W 175–188

* HC 1:169–177

HP 1:253–278

W 114–128

* HC 1:231–232

W 129–133

en el curso de esta historia cómo se intentó restaurar el Imperio Romano y —lo que es mucho más importante— cómo la iglesia y el estado continuaron colaborando hasta tiempos muy recientes de un modo semejante a como lo hicieron en tiempos de Constantino y sus sucesores.

[Page 48]

3.

La baja Edad Media

*Desde la deposición de Rómulo Augústulo (476) hasta el cisma entre Oriente y Occidente (1054).**

Puesto que el Imperio Romano había quedado dividido en dos (el Imperio de Occidente, donde se hablaba latín, y el de Oriente, donde se hablaba griego), las invasiones de los «bárbaros» no afectaron a toda la cristiandad por igual. En el Occidente, el Imperio dejó de existir, y fue suplantado por una serie de reinos bárbaros.

Las causas de la decadencia del Imperio Romano fueron muchas, tanto internas como externas.* En todo caso, durante los siglos IV y V fue aumentando la presión de los pueblos germanos que habitaban al otro lado de las fronteras del Danubio y el Rin, y a quienes los romanos llamaban «bárbaros». Algunos de ellos se introdujeron en el Imperio por la fuerza, mientras otros fueron invitados como aliados o como colonos. El resultado fue que hacia fines del siglo V tanto los invasores como los defensores eran germanos.

Varios de los pueblos germanos que invadieron el Imperio terminaron asentándose en una región, donde establecieron reinos que, aunque frecuentemente decían [Page 50] ser parte del Imperio, en realidad eran independientes.

Los vándalos invadieron España, y por fin cruzaron el estrecho de Gibraltar y fundaron un reino en el norte de África.* Desde allí condujeron ataques a otras partes del Imperio —incluso a la propia ciudad de Roma, que fue saqueada por ellos en el año 455. Los vándalos eran arrianos, y persiguieron a los cristianos ortodoxos. Su reino desapareció cuando los bizantinos (el Imperio Romano de Oriente, con capital en Constantinopla) conquistaron la región en el año 533.

El principal pueblo germano que se asentó en España fue el de los visigodos, quienes establecieron su capital en Toledo.* Estos eran arrianos, y algunos de sus reyes persiguieron a los ortodoxos. Pero en el 589 el rey Recaredo se hizo ortodoxo. El más importante teólogo de este reino fue Isidoro de Sevilla, contemporáneo de Recaredo. El reino visigodo desapareció cuando los moros invadieron España y derrotaron a Rodrigo, el último rey goda.

En la Galia se establecieron, entre otros, los francos, en cuyo honor la región se llama hoy «Francia».* Al llegar a la región, los francos eran paganos. Pero pronto el impacto de los cristianos conquistados se hizo sentir entre ellos, y en el 496 el rey Clodoveo recibió el bautismo —y tras él buena parte de sus súbditos. Fueron los francos quienes por fin detuvieron el avance del Islam en la batalla de Tours o Poitiers (732). Carlomagno, de quien trataremos más adelante, fue rey de los francos.

En la porción romanizada de la Gran Bretaña se establecieron los anglos y los [Page 51] sajones (en el norte, lo que hoy es Escocia, los pictos y escotos nunca habían sido conquistados por los romanos).* Ya para entonces, el misionero Patricio, procedente de la Gran Bretaña, había logrado la conversión de buena parte de Irlanda, que pronto se volvió un centro misionero. Luego, algunos de los primeros misioneros a los anglos y sajones vinieron de Irlanda. Pero otros vinieron del continente europeo. De ellos el más famoso fue Agustín de Canterbury, quien fue enviado por el papa Gregorio el Grande e hizo mucho por mantener los contactos entre el cristianismo inglés y el que existía en el Continente.

Italia fue invadida por varios pueblos germanos.* Quien depuso al último emperador romano en el año 476 fue el hérulo Odoacro. Pero pronto los hérulos fueron suplantados por los ostrogodos. Puesto que éstos eran arrianos, los ortodoxos sufrieron bajo su gobierno. Fue bajo su régimen que Boecio, el más notable pensador de su tiempo, fue muerto (524). Poco después (562) los bizantinos derrotaron a los ostrogodos. Pero su régimen fue breve, pues en el 568 los lombardos invadieron el país. Esto hizo que los papas acudieran a los francos en busca de apoyo, y fue una de las causas de la alianza entre el papado y los reyes francos.

* HC 1:233–344

HP 1:319–363 2:57–159 2:199–214

W 190–225 234–237

* HC 1:243–247

* HC 1:248–249

* HC 1:249–253

* HC 1:253–255

* HC 1:225–259

W 195–200

* HC 1:259–262

Las invasiones de los bárbaros afectaron mucho más a la iglesia de habla latina que a la iglesia de habla griega. En el Occidente latino (lo que hoy es España, Francia, Italia, etc.) sobrevino un período de caos.

Puesto que eran tiempos de dolor, muerte y [Page 52] desorden, el culto cristiano, en lugar de centrar su atención sobre la victoria del Señor en su resurrección, comenzó a preocuparse más y más por la muerte, el pecado y el arrepentimiento. Por ello la comunión, que hasta entonces había sido una celebración, se convirtió en un servicio luctuoso, en el que se pensaba más en los propios pecados que en la victoria del Señor.

Buena parte de la antigua cultura desapareció, y la única institución que preservó algo de ella fue la iglesia. Por eso, en medio del caos, la iglesia se fue haciendo cada vez más fuerte y más influyente. En ese proceso, tanto el monaquismo como el papado tuvieron un papel importante.

La gran figura del monaquismo occidental fue Benito de Nursia, quien creó la comunidad de Montecasino, y en el año 529 le dio una *Regla* que marcaría pauta para todo el monaquismo occidental.* Entre sus principios fundamentales se contaban el trabajo físico y los votos de obediencia, castidad, pobreza y permanencia. Además, Benito estableció la práctica de reunirse ocho veces al día para orar y leer la Biblia y otros libros de inspiración. Estas son las llamadas «horas» de oración.

Pronto el monaquismo benedictino se extendió por toda Europa occidental, y dio muestras de inusitada flexibilidad en diversas circunstancias. Así, los monjes fueron maestros, copistas de antiguos manuscritos, farmacéuticos, agricultores y misioneros.

El otro pilar de la iglesia durante este tiempo fue el papado.* El término «papa» ha sufrido una larga evolución, y por tanto es imposible decir quién fue el primer «papa». En todo [Page 53] caso, durante este período de caos el papado proveyó cierta medida de estabilidad, y con ello ganó en prestigio y poder.

León el Grande (440–461) intervino en las controversias cristológicas que tenían lugar en el Oriente de habla griega (de que trataremos más adelante en este capítulo) y fue quien de algún modo inexplicable detuvo el avance de Atila frente a Roma.

Gregorio el Grande (590–604) se destacó por sus habilidades administrativas. Además de ocuparse de la salud y alimentación de la población de Roma, intervino en España apoyando a Recaredo en su intento de convertir el país a la ortodoxia. Fue él quien envió a Agustín a Inglaterra y quien se ocupó de la difusión del monaquismo benedictino. Además escribió profusamente, y fue principalmente a través de sus escritos que buena parte de la Edad Media leyó e interpretó la teología de Agustín de Hipona. Pero, puesto que Gregorio pertenecía a una edad oscura y supersticiosa, mucho de lo que le transmitió a la posteridad fueron leyendas que sus lectores tomaron por verídicas.

Los sucesores de Gregorio tuvieron conflictos tanto con los lombardos como con los emperadores cristianos de Bizancio, y por ello se fueron acercando cada vez más a los francos. Por fin, en el año 800, el papa León III coronó a Carlomagno, rey de los francos, como Emperador. De este modo, al menos en teoría, quedaba restaurado el viejo Imperio Romano de Occidente. Pero ahora surgía por acción del papado.

Pronto, sin embargo, el papado volvió a caer en franca decadencia.* El breve [Page 54] renacimiento carolingio había pasado, y el papado se volvió juguete de las ambiciones de poderosas familias romanas. Varios papas murieron asesinados, quizá por quienes les sucedieron. A veces hubo más de un presunto papa. Hasta un niño de quince años llegó a ocupar el papado.

No fue sino hacia fines de este período, alrededor de la persona de Hildebrando (quien como papa tomó el nombre de Gregorio VII) que el papado volvió a hacerse campeón del movimiento reformador.

Mientras tanto, en el Oriente, el Imperio Romano (ahora también llamado Imperio Bizantino) continuó su existencia por mil años más. Allí, empero, el estado era más poderoso que la iglesia, a la que frecuentemente impuso su voluntad. También tuvieron lugar allí importantes controversias teológicas que ayudaron a clarificar la doctrina cristológica.*

Mientras el Occidente quedaba sumido en el caos tras las invasiones, en el Oriente continuaron las letras y las ciencias de la antigüedad. Por ello también surgieron allí varias controversias, especialmente en torno a la cristología y más tarde en torno a las imágenes.

* HC 1:263–272

* HC 1:273–288

W 190–194

200–225

* HC 1:342–344

* HC 1:289–306

HP 1:139–367

Las controversias cristológicas trataban sobre la cuestión de cómo Jesucristo, sin dejar de ser uno, es a la vez divino y humano.* Ya en el Concilio de Constantinopla (Segundo Concilio Ecuménico, año 381) se había rechazado la explicación que daba Apolinario, según la cual en Jesús el Verbo divino ocupaba el lugar de la razón humana. [Page 55] Ahora, cuatro concilios más discutieron la cuestión cristológica:

El Tercer Concilio Ecuménico tuvo lugar en Efeso en el año 431.* Allí se condenó la posición de Nestorio, que en Cristo hay dos naturalezas y dos personas, una humana y otra divina.

El Cuarto Concilio Ecuménico se reunió en Calcedonia (451) y condenó el monofisismo —la doctrina según la cual hay en Cristo una sola naturaleza, la divina, pues la humana queda absorbida en la divinidad.* El Concilio declaró que en Cristo hay dos naturalezas unidas en una sola persona. Esta es la doctrina de la mayoría de las iglesias hasta el día de hoy.

El Quinto Concilio Ecuménico (II Constantinopla, 553) condenó los escritos de tres autores que algunos consideraban «nestorianos» —los llamados «Tres capítulos».*

El Sexto (III Constantinopla, 680–681) condenó el «monotelismo» —doctrina según la cual hay en Cristo una sola voluntad.*

Una de las razones por las que hubo todas estas controversias, y tantos intentos de lograr una fórmula que todos pudieran aceptar, fue la repetida intervención de los emperadores, quienes deseaban que todos los cristianos concordaran en cuestiones doctrinales, para que así apoyaran sus políticas, no sólo en materia religiosa, sino también en otras cuestiones.

La última gran controversia doctrinal de este período tuvo que ver con la cuestión de las imágenes.* Varios emperadores promulgaron edictos contra su uso; [Page 56] pero muchos entre el pueblo, y especialmente los monjes, insistían en ellas. Por fin, tras largos debates, el Séptimo Concilio Ecuménico (II Nicea, 787) declaró que la adoración en sentido estricto (*latr*) se le debe sólo a Dios, pero que las imágenes han de recibir veneración (*dulía*). Aunque esta controversia tuvo lugar mayormente en el Oriente, también se hizo sentir en el Occidente, donde por algún tiempo hubo oposición a las decisiones del Concilio.

*Estas controversias dieron origen a varias iglesias disidentes o independientes que perduran hasta nuestros días —las iglesias llamadas «nestorianas» y «monofisitas».**

Los «nestorianos», que rechazaban las decisiones del Concilio de Efeso, se hicieron particularmente fuertes en Persia.* De allí se extendieron hacia Arabia, India y hasta China. Hoy se concentran mayormente en Irán, Irak y Siria.

Los monofisitas se hicieron fuertes en Armenia, Etiopía, Egipto y Siria.*

Armenia se había hecho cristiana aun antes del tiempo de Constantino. Cuando se reunió el Concilio de Constantinopla no estuvo representada, y por esa misma época el Imperio Romano se negó a acudir en defensa del país, invadido por los persas. La iglesia de Armenia rechazó por tanto el cristianismo de Bizancio y se hizo monofisita. Puesto que después los armenios fueron perseguidos, hoy hay cristianos armenios en varias partes del mundo.

La iglesia de Etiopía había sido fundada en el siglo IV por misioneros procedentes de Egipto.* Puesto [Page 57] que el centro del monofisismo estaba en Egipto, los etíopes siguieron esa línea doctrinal.

* HC 1:291–293

HP 1:319–335

* HP 1:293–295

HP 1:337–350

W 143–149

* HC 1:295–298

HP 1:351–363

W 149–152

* HC 1:298–302

HP 2:80–90

W 156–157

* HC 1:303–304

HP 2:90–93

W 160–162

* HC 1:304–306

HP 2:200–208

W 162–163

* HC 1:305–314

HP 2:101–107

* HC 1:308–309

* HC 1:309–312

Por la misma razón (y por razones políticas y sociales) los coptos de Egipto, es decir, los descendientes de los antiguos egipcios, se negaron a aceptar las decisiones de Calcedonia.* Por ello, la Iglesia Copta es monofisita.

Por semejantes razones, muchos sirios se declararon monofisitas. Hoy se les llama «jacobitas» en honor de su gran misionero, Jacobo Baradeo.

A mediados del período, surgió una nueva amenaza en el avance del Islam. Este conquistó vastos territorios y ciudades que hasta entonces habían sido importantísimos en la vida de la iglesia —Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Cartago, etc.*

Mahoma comenzó su carrera religiosa aproximadamente en el año 610. En el 622 se produjo su huida a Medina, y es a partir de esa fecha que los musulmanes cuentan los años. Cuando murió, diez años después, había conquistado casi toda la península de Arabia.

Sus sucesores continuaron su política de expansión militar. Con increíble rapidez, el Islam conquistó el antiguo Imperio Persa, con lo cual se extendió hasta las fronteras de la India, y buena parte del Imperio Romano: Damasco (635), Antioquía (637), Jerusalén (638), Alejandría (642), Cartago (695) y hasta España (711). Por fin, cien años después de la muerte del profeta, los francos lograron detener su avance en la batalla de Tours (732).

[Page 58] Estas conquistas tuvieron consecuencias tristes para el comercio y las letras, de modo que la Europa occidental quedó aun más apartada que antes de las antiguas fuentes del conocimiento.

Al mismo tiempo que el Islam lograba su mayor expansión territorial, surgía en Europa occidental un nuevo poder político en el reino de los francos, cuyo más poderoso gobernante fue Carlomagno. En el año 800 el papa coronó a Carlomagno como «emperador», con lo cual se pretendía resucitar el viejo Imperio Romano. Aunque el nuevo imperio nunca fue lo mismo que el antiguo, el título (y a veces el poder) continuó existiendo por siglos.*

El resultado fue que el cristianismo, que hasta entonces se había movido alrededor de un eje que iba de este a oeste a lo largo del Mediterráneo, ahora comenzó a moverse alrededor de un eje que iba de norte a sur, del reino de los francos a Roma.

Sin embargo, mientras en el Occidente la iglesia parecía tener más poder, lo cierto es que se le hacía difícil luchar contra el caos reinante —y que en buena medida las luchas dentro de la misma iglesia contribuían al caos. La medida de orden que se logró tomó la forma del «feudalismo», en el que cada señor feudal seguía sus propias políticas, guerreando cuando le parecía y a veces hasta dedicándose al banditaje. Era en el Oriente donde se conservaba cierta medida de orden, así como de las letras y los conocimientos de la antigüedad.

Carlomagno y sus sucesores inmediatos tiraron **[Page 59]** cierta medida de orden y de bienestar a los territorios que gobernaban. Hubo cierto despertar en los estudios y en la vida monástica. A consecuencia de ello, hubo también una nueva actividad teológica que se manifestó en una serie de controversias sobre temas tales como la predestinación, la perpetua virginidad de María, la naturaleza del alma, la presencia de Cristo en la comunión, etc.

Pero este renacimiento carolingio duró poco.* En parte debido a las conquistas musulmanas, la economía europea se cerró sobre sí misma. El comercio decayó. El dinero prácticamente desapareció. La única fuente y expresión de riqueza era la tierra. De allí surgió el sistema feudal, en el que en lugar de grandes estados la tierra se dividió entre «señores» que la recibían de otros, y a su vez se la daban a otros. Cada señor le debía pleitesía a varios otros, y la guerra entre pequeños señores se volvió endémica.

Constantinopla, la vieja capital del Imperio Bizantino, quedaba cada vez más reducida en su influencia. Probablemente el más alto logro del cristianismo bizantino fue la conversión de Rusia, alrededor del año 950.*

Debido a las invasiones de los musulmanes, el Imperio Bizantino había perdido todos sus territorios en África, y casi todos los que tenía en Asia.* Por ello sus misioneros y diplomáticos se dirigieron hacia el norte y

* HC 1:312

* HC 1:314

* HC 1:315–320

* HC 1:321–332

HP 2:109–143

W 202–208

* HC 1:327–329

* HC 1:333–338

HP 2:199–214

W 234–237

* HC 1:334–337

el nordeste, es decir, hacia Europa central y hacia Rusia. Aunque los bizantinos trataron de hacer valer su hegemonía en Europa central, en casi todos los casos esos países, al hacerse cristianos, [Page 60] optaron por unirse a la iglesia de Roma más bien que a la de Constantinopla. Las principales excepciones fueron Bulgaria y Rusia. La conversión de Bulgaria tuvo lugar a fines del siglo IX. La de Rusia giró en torno a la reina Olga, que se hizo cristiana en el 950, y a su hijo Vladimir, que siguió los pasos de su madre.

*Las relaciones entre Oriente y Occidente se fueron haciendo cada vez más tensas, hasta que por fin vino la ruptura definitiva en el año 1054.**

Gracias al apoyo de los francos, el papado no necesitaba ya del Imperio Bizantino, que en todo caso había perdido mucho de su poder. Pero la causa inmediata de la disputa definitiva fue la palabra «*Filioque*» («y del Hijo»), que los latinos añadían al Credo Niceno, diciendo que el Espíritu Santo procede «del Padre y del Hijo». Por esa causa (y otras) hubo un cisma en tiempos del patriarca Focio (siglo IX). Pero la ruptura definitiva tuvo lugar en el año 1054, cuando el Cardenal Humberto, en representación del Papa, declaró hereje al Patriarca de Constantinopla, y rompió la comunión con él y con toda la iglesia que le seguía.

* HC 1:337–338

4.

La alta Edad Media

*Desde el cisma entre Oriente y Occidente (1054) hasta que comienza la decadencia del papado (1303).**

La iglesia occidental estaba necesitada de una reforma radical, y ésta surgió por fin de entre las filas del monaquismo.

De hecho, la reforma monástica comenzó antes del inicio de este período, con la fundación del monasterio de Cluny (año 909).^{*} Luego vino la reforma cisterciense, cuya figura más notable fue Bernardo de Claraval (1090–1153).^{*}

Debido a que surgió entre círculos monásticos, este programa de reforma tomó varias de las características del monaquismo, sobre todo en su insistencia en el celibato, la pobreza y la obediencia. Para algunos de estos reformadores, el ideal era hacer de toda la iglesia (o al menos de su jerarquía) una vasta comunidad al estilo del monasterio.

*Pronto los elementos monásticos que abogaban por una reforma llegaron a ocupar el papado, con lo cual apareció toda una serie de papas reformadores.**

Quien inició esta reforma fue León IX (1049–1054). [Page 62] Era una reforma intransigente, uno de cuyos resultados inmediatos fue la ruptura con Constantinopla (1054) que marca el inicio de este período. Tras una serie de papas, en su mayoría reformadores, el movimiento reformador llegó a su cumbre en el papado de Gregorio VII (1073–1085). Gregorio insistió en el celibato eclesiástico, lo cual causó revueltas y dificultades en varias partes. Además condenó la simonía —la práctica de comprar y vender cargos eclesiásticos.

*Esto empero llevó a conflictos entre las autoridades seculares y las eclesiásticas, y sobre todo entre papas y emperadores.**

El más grande de estos conflictos fue el que surgió entre Gregorio VII y el emperador Enrique IV en torno a la cuestión de las «investiduras» —es decir, quién tenía derecho a nombrar e instalar a los obispos y otros jerarcas eclesiásticos. El conflicto llegó a tal punto que el Papa excomulgó al Emperador, y éste a su vez marchó con un ejército hacia Italia. En el castillo de Canosa, Enrique se humilló ante Gregorio, y éste no tuvo otra alternativa que perdonarle. Pero esto no le puso fin al conflicto. Las tropas imperiales invadieron Italia, declararon depuesto a Gregorio, e hicieron nombrar otro papa en su lugar. Solamente ciertas circunstancias inesperadas salvaron a Gregorio de caer en sus manos. A consecuencia de estos conflictos, Gregorio murió exiliado.

El conflicto siguió tras la muerte de Gregorio. El emperador Enrique IV continuó su contienda con los papas Víctor III y Urbano II (el mismo que proclamó la [Page 63] Primera Cruzada). Parte de esa contienda era la insistencia en la legitimidad de toda otra línea de papas, dóciles a las políticas imperiales.

Tampoco la muerte de Enrique IV le puso fin al conflicto, que continuó bajo su hijo y sucesor Enrique V. Por fin, en el 1122, se llegó a un acuerdo mediante el Concordato de Worms.

*Fue también la época de las cruzadas, que comenzaron en el año 1095 y perduraron por varios siglos.**

Las causas de las cruzadas son muchas, e incluyen elementos tanto religiosos como económicos y políticos.

La Primera Cruzada fue proclamada por Urbano II en el 1095. Su gran predicador fue Pedro el Ermitaño, quien dirigió una primera oleada conocida como la «cruzada popular». Después siguieron varios contingentes militares, cada cual por su camino. Tras mil peripecias y conflictos con el Emperador de Constantinopla, tomaron la ciudad de Jerusalén en 1099.

^{*} HC 1:345–454

HP 2:161–197 2:214–308

W 225–234 228–254 285–291

^{*} HC 1:352–355

W 219–221

^{*} HC 1:355–356

W 245–246

^{*} HC 1:357–366

W 222–225

^{*} HC 1:367–376

W 225–234

^{*} HC 1:337–398

W 238–245

Esto le dio origen al Reino Latino de Jerusalén, que se organizó al estilo feudal de Europa occidental y continuó hasta la caída de Jerusalén en 1187.

La Segunda Cruzada fue proclamada cuando los turcos tomaron la ciudad de Edesa en el año 1144. Su principal predicador fue Bernardo de Claraval. Sus logros militares fueron prácticamente nulos.

La Tercera Cruzada surgió a raíz de la noticia de la caída de Jerusalén (1187). Sus principales líderes [Page 64] fueron el emperador Federico I Barbarroja, el rey Felipe II Augusto, de Francia, y el rey Ricardo Corazón de León, de Inglaterra. En lo militar, sólo logró la conquista de la fortaleza de Acre. Pero Ricardo sí logró llegar a un acuerdo con el sultán Saladino que permitía el peregrinaje a Jerusalén.

La Cuarta Cruzada fue un desastre. En lugar de atacar a los musulmanes, tomó y saqueó la ciudad de Constantinopla, y estableció en ella el Imperio Latino de Constantinopla (1204–1261). Esto exacerbó las suspicacias de los cristianos griegos hacia los latinos, y además debilitó todavía más al Imperio Bizantino (que fue restaurado en el 1261).

La Quinta Cruzada (1219) atacó el Egipto, y sólo logró tomar el puerto de Damietta, que fue retomado por los árabes dos años más tarde.

La Sexta y Séptima fueron dirigidas por el Rey de Francia Luis IX (San Luis), sin mayores resultados.

Una de las consecuencias de las cruzadas fue el surgimiento de las órdenes monásticas militares. Además, las cruzadas influyeron sobre la devoción de la época, y sobre el comercio y la vida intelectual.

*Y fue también la época en que tuvo lugar buena parte de la «Reconquista» española — el proceso de desalojar a los moros de la Península.**

Los musulmanes habían ocupado buena parte de la Península a partir del 711. Córdoba llegó a ser la sede de un califato, y dominó buena parte del norte de Africa, así como la Península Ibérica. Pero en los siglos XI–XIII los reinos cristianos del norte aumentaron su poderío. A pesar de invasiones procedentes del norte de [Page 65] Africa (primero los almorávides y luego los almohades) los reinos del norte fueron creciendo. Al terminar el siglo XIII, solamente les quedaba a los moros el reino de Granada (que continuaría existiendo hasta 1492).

Puesto que España fue uno de los pocos lugares en los que el cristianismo occidental trató directamente con los conocimientos de los musulmanes, le correspondió un papel importante en el gran despertar teológico que tuvo lugar en el siglo XIII.

En parte como resultado de las cruzadas, hubo un gran auge en el comercio, y a consecuencia de ello un aumento en la población de las ciudades, que eran por naturaleza centros de comercio. El dinero, que prácticamente había desaparecido durante la baja Edad Media, comenzó a circular de nuevo. Con ello apareció una nueva clase, los «burgueses» (es decir, «citadinos»), que vivían del comercio y más tarde de la industria.

Como respuesta a los nuevos tiempos, surgieron varias nuevas órdenes monásticas. Las más importantes de ellas fueron los franciscanos y los dominicos. Estos produjeron un nuevo despertar en el trabajo misionero.*

El precursor de las órdenes mendicantes fue Pedro Valdo, fundador de los valdenses, quien fue rechazado y condenado por las autoridades eclesiásticas.

San Francisco de Asís, hijo de un comerciante que representaba a la nueva burguesía, se rebeló contra el nuevo orden declarando que se había casado con la Señora Pobreza. Reunió a su alrededor un número de [Page 66] seguidores, y fundó también una rama femenina de su orden (las clarisas). A diferencia de Pedro Valdo, logró que el papado (en la persona de Inocencio III) sancionara su movimiento. Pronto hubo miles de franciscanos en toda Europa.

Santo Domingo de Guzmán (en España) fundó la orden de los dominicos u Orden de Predicadores. Aunque la pobreza era también parte de su fundamento, esta orden difería de los franciscanos en cuanto desde el principio se dedicó al estudio como medio de refutar a los herejes (especialmente, en los orígenes de la orden, a los albigenses del sur de Francia).

Ambas órdenes crecieron rápidamente. Pronto hubo misioneros dominicos entre judíos y musulmanes, y los franciscanos llegaron hasta Etiopía, India y China. Pero los franciscanos tuvieron que pasar por una serie de divisiones y debates en torno a la cuestión de si la pobreza absoluta que San Francisco había abrazado y promulgado era necesaria o no.

Además se introdujeron en las universidades, donde llegaron a ser los principales exponentes de la teología de la época —la teología llamada «escolástica».

* HC 1:399–410

* HC 1:411–420

HP 2:234–234

W 245–261

La «escolástica» recibe ese nombre porque fue una teología que se desarrolló mayormente en las escuelas —y a la postre en las universidades.

Entre sus precursores se cuentan Anselmo de Canterbury, Pedro Abelardo, los victorinos, y Pedro Lombardo.*

Anselmo fue el autor del famoso «argumento ontológico» para probar la existencia de Dios [Page 67] (argumento que sostiene que la existencia es Parte de la idea misma de Dios).* Además produjo un tratado sobre la expiación en el que mostraba por qué Jesucristo tenía que ser Dios encarnado a fin de poder ofrecer satisfacción por el pecado humano.

Pedro Abelardo (famoso por sus amores con Eloísa) fue el autor de una obra, «Sí y no», que influyó grandemente sobre el método escolástico.*

Los victorinos (es decir, residentes de la Abadía de San Víctor en París) unieron los intereses intelectuales con la mística y la contemplación.*

Pedro Lombardo escribió una obra, los «Cuatro libros de sentencias», que fue el libro de texto que comentaron los escolásticos.*

La escolástica se caracterizó entonces por un método, que consistía en contraponer autoridades al parecer opuestas, y luego resolver las dificultades que esa aparente oposición causaba.

Y se caracterizó también porque tuvo lugar primordialmente en las universidades, nuevos gremios de estudio que aparecieron en las ciudades precisamente en esta época.

*Esta teología tuvo sus máximos exponentes en Buenaventura (franciscano) y Tomás de Aquino (dominico).**

Bien pronto los dominicos y franciscanos se instalaron en las [Page 68] universidades, donde se distinguieron por su dedicación y erudición.*

En esta época (siglo XIII) el impacto de Aristóteles se hacía sentir sobre la vida intelectual de Europa occidental.* Desde tiempos antiquísimos, el occidente había dado por sentado que Platón era el filósofo por excelencia, y la teología se había desarrollado dando esto por sentado. Pero ahora, procedente principalmente de España, la obra de Aristóteles hizo su entrada en el Occidente. Y buena parte de lo que decía parecía contradecir mucho de la teología tradicional.

Frente al reto de Aristóteles, los occidentales adoptaron tres posturas distintas.

Algunos aceptaron casi todo cuanto Aristóteles parecía decir, aun a riesgo de abandonar la ortodoxia.* Estos son los llamados «averroístas latinos» (Averroes, musulmán de Córdoba, había sido el gran comentarista de Aristóteles).

Otros, al tiempo que aceptaron algo de la nueva filosofía, insistieron en la teología tradicional, y solamente aceptaban de Aristóteles lo que fuera compatible con esa teología.* El principal exponente de esta posición fue Buenaventura —aunque hubo muchos otros que adoptaron esta postura.

Unos pocos aceptaron la nueva filosofía y se preguntaron si no sería posible reinterpretar la teología desde una perspectiva esencialmente aristotélica.* Quien más se distinguió por esta postura —y quien por ello recibió fuerte oposición— fue Tomás de Aquino.

* HC 1:421–429

HP 2:161–197

W 261–267

* HC 1:422–425

HP 2:162–171

W 263–264

* HC 1:425–427

HP 2:171–179

W 264–266

* HC 1:427

HP 2:179–183

W 266–267

* HC 1:427–428

HP 2:179–183

W 266–267

* HC 1:421–436

HP 1:225–308

* HC 1:429–430

* HC 1:430–431

HP 2:238–246

* HP 2:301–308

* HP 2:247–265

[Page 69] *El crecimiento de las ciudades dio lugar además a las grandes catedrales.* El estilo llamado «románico», que hasta entonces había dominado la arquitectura de la Edad Media, le cedió el lugar al «gótico», que produjo las más impresionantes catedrales de todos los tiempos.*

La arquitectura románica, resultado de la evolución de las antiguas basílicas, era sólida y pesada. Las paredes se sostenían con grandes contrafuertes, y los techos tenían forma de bóveda de canón (en decir, de medio cilindro). Por lo pesado y grueso de las paredes, la luz era escasa.

En contraste, la arquitectura gótica trataba de hacer aparecer la piedra cada vez más ligera. Los arcos tenían forma ojival (es decir, como el de un ojo), y en lugar de paredes se sostenían sobre columnas. Esto dejaba lugar para amplios ventanales, y por tanto la arquitectura gótica era más luminosa que la románica. Su propósito era apuntar hacia el cielo —hasta tal punto, que hubo catedrales que se desplomaron por tratar de ser demasiado verticales.

Por último, fue también en esta época que el papado llegó al máximo de su prestigio y poderío, en la persona de Inocencio III (1198–1216). Pero ya para el fin de este período, en el año 1303, se veía claramente que el papado estaba en decadencia.*

El desorden y hasta cisma en que el papado había caído a raíz de sus conflictos con el imperio no cesaron sino cuando fue elegido papa Inocencio III (1198–1216). El Imperio se encontraba entonces desorganizado, y el **[Page 70]** Papa pudo desarrollar toda una política internacional que pronto le hizo la persona más poderosa de toda Europa.

En el propio Imperio, Inocencio jugó un papel importante en la decisión de quién sería el nuevo emperador. Intervino además en Francia, Inglaterra, España, y hasta en lugares tan lejanos como Islandia, Bulgaria y Armenia. Fue también durante su pontificado que la Cuarta Cruzada tomó a Constantinopla y así, al menos en teoría, la iglesia de esa ciudad quedó supeditada a la de Roma.

Además, Inocencio III convocó el IV Concilio Laterano (1215), que promulgó la doctrina de la transubstanciación y que trató de dictaminar sobre varias otras cuestiones —la confesión, los judíos, los musulmanes, los valdenses, la inquisición, etc.

Los sucesores inmediatos de Inocencio gozaron todavía de algo de su prestigio. Pero ya en tiempos de Bonifacio VIII (1294–1303) se vio claramente que el papado, que seguía proclamando su poder en términos altisonantes, estaba de nuevo en decadencia.

* HP 2:267–300
W 269–277

* HC 1:437–444

* HC 1445–453

HP 2:226–231

W 285–291

5.

El fin de la Edad Media

Desde las primeras señales de decadencia del papado (1303) hasta la caída de Constantinopla (1453).*

La burguesía pujante se hizo aliada de la monarquía en cada país, y con ello se le puso fin al feudalismo y comenzaron a formarse las naciones modernas. Pero el nacionalismo mismo pronto vino a ser un obstáculo a la unidad de la iglesia. Durante buena parte de este período, Francia e Inglaterra estuvieron en guerra (la llamaba «Guerra de los Cien Años»), y a esa guerra se sumó casi todo el resto de Europa. Fue además la época de la «peste», que diezmo la población del continente y produjo grandes descalabros demográficos y económicos.

Esta fue la época de la gran epidemia de peste bubónica, que apareció en Europa en 1347, y repetidamente diezmo la población.* Esto causó descalabros económicos y políticos. Puesto que a menudo se les culpaba por la peste, los judíos sufrieron repetidas persecuciones. Lo mismo les sucedió a muchas mujeres, a quienes se acusó de brujería. La religión se tornó cada vez más tétrica, orientada casi exclusivamente hacia la muerte y la vida futura.

Dedicada al comercio como estaba, la burguesía tenía interés en la estabilidad política y la unidad de los [Page 72] reinos.* La alianza entre la burguesía y la corona en los diversos países les hizo posible a los reyes tener ejércitos permanentes, y esto a su vez contribuyó al fin del feudalismo y el surgimiento de las naciones modernas. Francia e Inglaterra abrieron el camino en esta dirección, pero pronto otras naciones les siguieron.

El nacionalismo, al mismo tiempo que le puso fin al feudalismo, también marcó el fin del sueño de un solo pueblo bajo un emperador y un papa.* Las gentes empezaron a pensar de sí mismas como ciudadanas de un reino o de una nación.

En consecuencia, la idea de que el papado era una institución transnacional fue desapareciendo, y pronto hubo monarcas que trataron de usar el papado para adelantar sus propios propósitos políticos. Puesto que era la época de la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, y durante buena parte de este período el papado estuvo bajo la sombra de Francia y sirvió a los intereses franceses, esto creó un fuerte sentimiento antipapal en Inglaterra y sus aliados.

La Guerra de los Cien Años llegó a envolver prácticamente todo el continente europeo.* Se debió originalmente a cuestiones dinásticas, pero también a que Inglaterra tenía extensas posesiones en lo que hoy es Francia. Fue en esa guerra que se distinguió la famosa Juana de Arco, quien murió en la hoguera en el 1431. Al fin de la guerra, casi todas las posesiones inglesas en el Continente europeo habían pasado a manos francesas.

[Page 73] *La decadencia del papado fue clara y abismal.* Primero quedó bajo la sombra y el dominio de Francia, hasta tal punto que la sede papal se trasladó de Roma a Aviñón, en las fronteras mismas de Francia (1309–1377).*

Aunque la Guerra de los Cien Años no estalló sino en el 1337, desde mucho antes existían tensiones y hasta acciones bélicas entre Francia e Inglaterra.* El papa Bonifacio VIII (1294–1303), quien estaba convencido de la autoridad del Papa por encima de las autoridades seculares, trató de intervenir entre los monarcas de esos dos países, con el resultado de que se ganó la enemistad de ambos. En el 1303, se produjo el «episodio de Anagni», en el que el Papa fue abofeteado y humillado.

A partir de entonces, los papas pudieron ofrecerle poca resistencia a la voluntad del Rey de Francia.* En el 1309, el papado se trasladó a la ciudad de Aviñón, donde gozaba de la protección de Francia contra la anarquía que reinaba en Roma, pero donde los papas se volvieron instrumentos de la corona francesa. Este período del

* HC 1:455–557

HP 2:309–351

W 254–285 291–334

* HC 1:462–466

* HC 1:466

* HC 1:466–467

W 320–326

* HC 1:467–474

* HC 1:475–488

W 290–296

* HC 1:475–480

* HC 1:480–485

papado en Aviñón ha sido llamado la «Cautividad babilónica de la iglesia». Uno de sus episodios más tristes fue el juicio de los templarios, miembros de una orden monástica militar a quienes se acusó y castigó injustamente. Además, el papado desarrolló todo un sistema de recolección de fondos, y ese sistema a su vez hizo aumentar la corrupción dentro de la iglesia.

Fue la mística Catalina de Siena quien se dedicó a abogar por el retorno del papado a Roma. Por fin este tuvo lugar en el 1377.*

[Page 74] *Luego vino el «Gran Cisma de Occidente», en el que hubo al mismo tiempo dos papas (y hasta tres) que se disputaban el trono de San Pedro (1378–1423).**

Los papas de Aviñón habían nombrado gran número de cardenales franceses. Cuando éstos estuvieron descontentos con el rumbo que tomaba el papa en Roma, sencillamente declararon que su elección no era válida, y eligieron otro más de su agrado.

Así sucedió que hubo dos papas al mismo tiempo, uno en Roma y otro en Aviñón. Puesto que, al morir éstos, otros tomaron sus lugares, lo que resultó fue dos líneas paralelas de papas, cada una declarando que la otra era ilegítima. Esto es el llamado «Gran Cisma de Occidente» (1378–1423).

El impacto del Cisma fue enorme. Toda Europa se dividió entre los papas rivales. Puesto que era la época de la Guerra de los Cien Años, esa división vino a reforzar las rivalidades creadas por la guerra. Para defender su posición, cada papa tuvo que aumentar sus ingresos, lo cual produjo aun mayor corrupción en la iglesia.

Para resolver la cuestión surgió el movimiento conciliar, que esperaba que un concilio de toda la iglesia pudiera decidir quién era el verdadero papa. A la postre, el movimiento conciliar logró ponerle fin al cisma, y todos llegaron a concordar en un solo papa. Pero entonces el concilio mismo se dividió, de modo que había un papa, pero dos concilios.*

[Page 75] La teoría conciliar basaba su eclesiología en la posición filosófica que se ha llamado «nominalismo». Según ella, los fieles son la iglesia, y son ellos —o los obispos— quienes, reunidos en un concilio, tienen la autoridad suprema.

El Concilio de Pisa (1409) trató de reformar la iglesia. Para resolver el Cisma, declaró depuestos a los dos papas existentes, y nombró a otro. Pero, puesto que los otros dos papas se negaron a reconocer las acciones del Concilio, el resultado fue que hubo tres papas en lugar de dos.

El Concilio de Constanza (1414–1418) continuó la labor reformadora. Logró la abdicación de dos de los papas. A la muerte del tercero, se nombró su sucesor sin mayores dificultades. El Gran Cisma había terminado. Fue también este concilio el que condenó y quemó a Juan Huss.

El plan era que hubiera concilios periódicos, para asegurarse de continuar la labor reformadora. Pero el Concilio de Basilea (1431–1449) se dividió cuando algunos de sus miembros se trasladaron, primero a Ferrara y luego a Florencia. Así, un movimiento que había surgido para ponerle fin al cisma, terminó él mismo dividido.

*Además, bien pronto los papas se dejaron arrastrar por el espíritu del Renacimiento, que les llevó a ocuparse más de embellecer a Roma, de construir bellos palacios, y de guerrear con otros potentados italianos, que de la vida espiritual de su grey.**

El Renacimiento fue un movimiento que tuvo su **[Page 76]** cuna principalmente en Italia, y que consistió en un retorno a las letras, las artes y la filosofía de la antigüedad clásica. Aunque muchos de sus propulsores eran cristianos convencidos, el Renacimiento derivó buena parte de su inspiración de la tradición pagana. Además, muchos de sus líderes sentían una profunda aversión por el ascetismo de buena parte del cristianismo medieval.

En lo político, el Renacimiento fue acompañado en Italia por toda una serie de intrigas, según cada uno de los pequeños estados en que estaba dividida la Península —incluso los estados papales— buscaba la hegemonía sobre los demás.

Los papas del Renacimiento eran todo lo contrario de los papas de inspiración monástica, como Gregorio VII. Su propósito era disfrutar de la vida y su belleza, y hacer de Roma la capital artística e intelectual del

* HC 1:485–486

W 297

* HC 1:488–493

W 297

* HC 1:495–504

HP 2:333–339

W 306–317

* HP 2:334–339

* HC 1:537–548

W 313–320

mundo. Para ello necesitaban recursos financieros, y ello a su vez produjo todavía mayor corrupción económica. Además, varios de ellos se dedicaron a la tarea de hacer del papado el centro de la unidad italiana, y con ese propósito se dieron a la guerra y a la intriga política.

Uno de estos papas, León X, gobernaba en Roma cuando surgió la Reforma Protestante.

Al igual que el papado, la teología académica —es decir, la que tenía lugar en las universidades— cayó también en crisis. A base de distinciones cada vez más sutiles, y de un vocabulario cada vez más especializado, esta teología perdió [Page 77] contacto con la vida diaria de los cristianos, y dedicó buena parte de sus esfuerzos a cuestiones que no les interesaban sino a los teólogos mismos.*

Durante este período, la teología se dedicó a distinciones cada vez más sutiles. Además, se fue abriendo un abismo cada vez mayor entre la fe y la razón, de modo que a la postre prácticamente se dio la impresión de que Dios era un ser caprichoso.

El gran teólogo de esta época fue Juan Duns Escoto, en quien la escuela franciscana llegó a su punto culminante, pero cuyas distinciones eran tantas y tan rebuscadas que se le dio el título de «Doctor sutil».*

Después la teología siguió las directrices del «nominalismo» de Guillermo de Occam y los conciliaristas.* Esta teología, al tiempo que servía de apoyo al movimiento conciliar, insistía en que la soberanía de Dios era tal que no debía sujetársele a categoría racional o a principio moral alguno. Fue este Dios caprichoso de los nominalistas el que Lutero conoció como estudiante de teología.

En respuesta a todo esto hubo varios movimientos reformadores, guiados por personas tales como Juan Wycliff, Juan Huss y Jerónimo Savonarola.

Wycliff vivió en Inglaterra en tiempos del Gran Cisma.* Era un teólogo profundo, que se oponía tenazmente al nominalismo de la época y le daba gran importancia a la razón. Creía que la Biblia se debía traducir al idioma del pueblo. Tras su muerte, algunos de sus seguidores tradujeron la Biblia al inglés. El movimiento de los «lolardos», [Page 78] inspirado en sus enseñanzas, se dedicó a predicar por toda Inglaterra.

Juan Huss era natural de Bohemia, a donde llegaron también las enseñanzas de Wycliff.* Como Wycliff, insistía en la autoridad de la Biblia para reformar la vida y las doctrinas de la iglesia. Acudió al Concilio de Constanza con un salvoconducto, pero el Concilio hizo caso omiso de su salvoconducto y ordenó que fuera quemado en la hoguera. Tras su muerte, sus seguidores en Bohemia se rebelaron. Los católicos intentaron aplastarlos convocando una «cruzada» contra ellos. Pero a la postre tuvieron que llegar a un acuerdo, y hacerles varias concesiones a los husitas.

Savonarola fue bastante después.* Fue un fraile dominico, fogoso predicador, quien se dedicó a predicar la reforma de la iglesia en Florencia. Sus reformas eran morales más que doctrinales. Por algún tiempo fue prácticamente dueño de Florencia. Pero al fin sus enemigos se posesionaron de él, y lo hicieron quemar (1498).

Hubo además varios movimientos de reforma de carácter más popular y a veces hasta revolucionario.* Entre ellos se cuentan las «beguinas» y su contraparte masculina, los «begardos»; los flagelantes, que aparecieron en 1260, pero lograron su mayor auge en el siglo XIV; los «taborititas» y otros movimientos radicales de inspiración husita; y el movimiento de Hans Böhm.

*Algunos esperaban que la reforma de la iglesia vendría a través del estudio y las [Page 79] letras.**

Tales eran los «humanistas», personas que se dedicaban al estudio de las letras antiguas. Muchos de ellos habían llegado a la conclusión de que a través de los años el cristianismo se había complicado en demasía, y se

* HC 1:533–535

Hp 2:323–339

* HP 2:323–333

W 278

* HP 2:333–336

W 278–279

* HC 1:505–510

HP 2:342–347

W 298–301

* HC 1:511–520

HP 2:347–348

W 301–306

* HC 1:549–554

HP 2:348

W 319–320

* HC 1:521–527

* HC 1:547–548

HP 3:17–24

W 326–332

había tergiversado. Para reformarlo, pensaban, todo lo que era necesario era volver a las antiguas fuentes, y a la sencillez del cristianismo original. El principal exponente de esta postura fue Erasmo de Rotterdam.

*Otros, en fin, en lugar de tratar de reformar la iglesia, se refugiaron en el misticismo, que les permitía cultivar la vida espiritual y acercarse a Dios sin tener que lidiar con una iglesia corrupta y al parecer irreformable.**

El misticismo se extendió por toda Europa, pero su centro de mayor actividad fue la cuenca del Rin. Allí floreció el Maestro Eckhart, gran maestro del misticismo a quien a veces se acusó de panteísmo. Otros místicos notables fueron Juan Taulero, Enrique Suso, Juan de Ruysbroeck y Gerardo de Groote.

*Mientras tanto el Imperio Bizantino, cada vez más débil, sucumbía por fin ante el avance de los turcos.**

Aunque nuestra historia centra su atención en el cristianismo occidental, no hay que olvidar que durante todo este tiempo continuaron existiendo otras iglesias —además de la griega, la rusa, los nestorianos y los diversos cuerpos monofisitas.

[Page 80] Acosado por los turcos, el Imperio Bizantino fue disminuyendo hasta que no quedó de él más que la ciudad de Constantinopla. Finalmente, ésta fue tomada por los turcos, en el año 1453. A partir de entonces, la principal iglesia oriental fue la rusa.

* HC 1:529–532

HP 2:339–342

W 279–282

* HC 1:555–557

6.

La Conquista y la Reforma

*Desde la Caída de Constantinopla (1453) hasta fines del siglo XVI (1600).**

Como bien lo indica el nombre que le hemos puesto a este período, durante él tuvieron lugar dos episodios harto importantes en la historia del cristianismo: (1) El «descubrimiento» y conquista de América. (2) La Reforma Protestante.

El «descubrimiento» y la conquista son bien conocidos, aunque rara vez pensamos en ellos como parte de la historia de la iglesia. Pero lo cierto es que en un período de escasamente cien años las naciones europeas se derramaron por el resto del mundo, y especialmente por América, y que a causa de ello se multiplicó enormemente el número de los que se llamaban cristianos. Esto es parte de nuestra historia, ha dejado su huella en nuestro modo de vivir la fe, y debemos estudiarlo.*

La conquista de América comenzó precisamente al mismo tiempo en que, bajo Isabel y Fernando, España comenzaba a surgir como una gran potencia europea.* Inmediatamente después del primer viaje de Colón, se comenzó a organizar la empresa colonizadora mediante una serie de bulas o decretos papales.* También casi [Page 82] inmediatamente (1511) empezó la protesta contra los abusos que se cometían.* En esa protesta se destacaron los nombres de Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas.* Pronto el debate continuó en España, donde Francisco de Vitoria discutió las justificaciones, falsas y verdaderas, para la empresa española en «Indias».

La conquista empezó por las Antillas, donde bien pronto la población indígena quedó diezmada, y se comenzó a importar esclavos negros.* De allí pasó a México (1521), donde se destacó la labor de Fray Juan de Zumárraga, y de donde partieron otras empresas colonizadoras y misioneras.* Tanto de México como de las Antillas se emprendieron empresas semejantes hacia Panamá y Centroamérica, así como hacia Nueva Granada.* En este último territorio cabe mencionar la obra de San Luis Beltrán entre los indios, y de San Pedro Claver entre los negros.* El vasto reino de los incas fue conquistado en 1532, a lo que siguió un confuso período de guerras civiles.* A la postre se estableció el Virreinato del Perú.* En la «Florida» (que entonces se extendía hasta las Carolinas) los españoles chocaron primero con los franceses, y luego con los ingleses. El Virreinato de La Plata fue el último en organizarse. En sus fronteras tuvieron lugar las célebres misiones de los jesuitas en el Paraguay.

Al mismo tiempo que se llevaba a cabo esta empresa española, había también expansión colonial y misionera hacia el Africa, donde [Page 83] los portugueses se establecieron en el Congo, Angola y Mozambique.* Luego continuaron hacia el Asia, donde se distinguió el misionero jesuita San Francisco Javier.* Fueron también los Portugueses quienes se establecieron en el extremo oriental de Sudamérica, dándole origen a lo que hoy es Brasil.*

* HC 2:15–254

HP 3:9–252

W 335–444

* HC 2:133–254

* HC 2:137–156

* HC 2:157–161

* HC 2:161–164

* HC 2:164–166

HP 3:215–218

* HC 2:167–172

* HC 2:173–186

* HC 2:187–201

* HC 2:203–218

* HC 2:219–222

* HC 2:223–228

* HC 2:229–234

* HC 2:235–242

* HC 2:243–249

La fecha que normalmente se señala como el comienzo de la Reforma es 1517, cuando Lutero clavó sus famosas 95 tesis. Aunque, como vimos en el período anterior, ya había movimientos reformadores desde mucho antes, lo cierto es que fue con Lutero y sus seguidores que el movimiento cobró un ímpetu incontenible.*

Tras una larga peregrinación espiritual, Lutero llegó por fin al convencimiento de que la salvación es por gratia, mediante la fe.* Esto le llevó a protestar contra la venta de indulgencias, y contra toda la teología que se encontraba tras ella.* Su propia teología, fundamentada en su entendimiento de la Palabra de Dios, pronto se desarrolló en direcciones que conflagraban con la teología tradicional en más de un punto.

Al comienzo de la Reforma siguieron años de incertidumbre.* Por un tiempo, tras la Dieta de Worms (1521), Lutero estuvo exiliado en Wartburgo. Luego se produjeron una serie de acontecimientos importantes: la rebelión de los campesinos; la ruptura entre Lutero y los humanistas al estilo de Erasmo, y la creciente presión contra los protestantes por parte del emperador Carlos V y otros [Page 84] príncipes católicos. Esto dio lugar a la *Confesión de Augsburgo*, en la que los principales príncipes protestantes declararon y expusieron su fe. Además se organizaron en la «liga de Esmalcalda», cuyo propósito era defender a los príncipes protestantes frente a las amenazas de los católicos. Tras largos conflictos tanto políticos como armados, se llegó por fin a la Paz de Augsburgo (1555), que les garantizaba a los príncipes protestantes el derecho a su religión.

Ya para entonces Lutero había muerto (1546).* Su principal sucesor, Felipe Melanchthon, era más moderado que el gran Reformador. Por esta causa y otras se produjo una serie de controversias entre luteranos, hasta que se llegó a la *Fórmula de Concordia*, en el 1577.

Empero no todos los que abandonaron el catolicismo romano se hicieron seguidores de Lutero y de sus puntos de vista. Pronto surgió otro movimiento en Suiza, bajo la dirección primero de Ulrico Zwinglio, y luego de Juan Calvino, que dio origen a las iglesias que hoy llamamos «reformadas» y «presbiterianas».

Zwinglio, el reformador de Zurich, venía de un trasfondo humanista, y llegó a conclusiones semejantes a las de Lutero por un camino distinto.* Su interés estaba principalmente en retornar a las fuentes del cristianismo, y por tanto rechazaba todo lo que no se encontrara en el Nuevo Testamento. Fue también un fogoso patriota, y murió en el campo de batalla.

El gran líder de esta tradición en la próxima generación fue Juan Calvino.* Aunque natural de [Page 85] Francia, Calvino fue dirigente de la reforma en Ginebra (Suiza). Su posición, más moderada que la de Zwinglio, puede verse en su magna obra, *Institución de la religión cristiana*, cuya primera edición no era sino un libro de bolsillo, y terminó siendo cuatro gruesos volúmenes. En ellos Calvino sistematizó la teología reformada, que pronto encontró seguidores, no solo en Suiza, sino en todo el resto de Europa.

Otros tomaron posiciones más radicales, y sus enemigos les pusieron el nombre despectivo de «anabaptistas» — es decir, rebautizadores. De ellos vienen los menonitas y varios otros grupos.

Los anabaptistas llevaban hasta su última conclusión el principio de que la iglesia debía ajustarse a las prácticas del Nuevo Testamento. Esto les llevó a rechazar las relaciones entre la iglesia y la sociedad en general, tales como éstas habían venido evolucionando desde tiempos de Constantino. Siguiendo las enseñanzas del Nuevo Testamento, se negaban a participar en las luchas militares de la época. Algunos llegaron a pensar que la verdadera iglesia siempre sería perseguida.

Entre algunos de ellos apareció una fuerte convicción de que el fin se acercaba, y esto a su vez les llevó a posiciones cada vez más radicales. A la postre algunos abandonaron su pacifismo y se dedicaron a establecer el Reino de Dios mediante la fuerza de las armas.

* HC 2:33–58

HP 3:25–67

W 335–359

* HC 2:33–44

HP 3:26–36

* HC 2:45–50

HP 3:36–37

* HC 2:51–58

* HP 3:105–135

W 441–444

* HC 2:59–63

HP 3:69–85

W 360–366

* HC 2:71–78

HP 3:137–181

W 389–401

Derrotados éstos, los elementos pacifistas, que [Page 86] nunca habían desaparecido, volvieron a la superficie, y a partir de entonces el anabaptismo se ha caracterizado por su pacifismo.

En Inglaterra hubo una reforma de carácter muy particular, que al mismo tiempo que siguió la teología de los reformadores (y especialmente de Calvino) mantuvo sus viejas tradiciones en cuanto al culto y el gobierno de la iglesia.. Esta es la Iglesia de Inglaterra, de donde surgen las iglesias que hoy llamamos «anglicanas» y «episcopales»*

La ocasión de la Reforma en Inglaterra fue la necesidad que tenía Enrique VIII de tener un heredero al trono. Cuando el Papa se negó a anular su matrimonio con Catalina de Aragón, Enrique se declaró cabeza de la iglesia en su reino, anuló su matrimonio, y contrajo nuevas nupcias. Durante el reinado de Enrique las reformas fueron muy moderadas, pues esto fue todo lo que el Rey permitió.

Bajo su hijo y sucesor Eduardo VI, que era menor de edad, los regentes sí dieron grandes pasos en pro del protestantismo. Pero Eduardo murió y le sucedió su medio hermana María Tudor.

Puesto que María era católica, durante su reinado se hizo todo lo posible por deshacer lo que los protestantes habían hecho durante los regímenes anteriores. Muchos fueron muertos (incluso el Arzobispo de Canterbury, Tomás Cranmer) y muchos más fueron al exilio.

A la muerte de María, le sucedió su medio hermana Isabel, quien era protestante y durante cuyo [Page 87] largo reinado la Iglesia de Inglaterra se afianzó. Los muchos exiliados que regresaron al país trajeron consigo fuertes convicciones calvinistas, de modo que el calvinismo se extendió por el país. El resultado fue una iglesia que, al tiempo que era calvinista en su doctrina, continuó toda práctica tradicional que no se opusiera a esa doctrina.

*En parte como respuesta a la Reforma Protestante, y en parte debido a su propia dinámica interna, la Iglesia Romana también pasó por un período de reforma que a veces se llama «contra-reforma», pero que es mucho más que eso.**

Buena parte de la teología católica de este período se dedicó a refutar el protestantismo. Entre los teólogos que se ocuparon de esta tarea se destacan Juan Eck, Pedro Canisio, Roberto Belarmino y César Baronio, entre otros.

La reforma católica se manifestó también en el surgimiento de nuevas órdenes monásticas. Santa Teresa de Jesús, con la colaboración de San Juan de la Cruz, se dedicó a reformar la orden de los carmelitas, lo cual resultó en la fundación de los «carmelitas descalzos». La otra gran orden fundada en esta época fue la de los jesuitas, fundada por Ignacio de Loyola.

Además, poco a poco el espíritu reformador se fue adentrando en la jerarquía católica, hasta que llegó a su apogeo en la persona del papa Pablo IV (1555–59). Esta reforma era mayormente de carácter moral y administrativo, pues al tiempo que se eliminaban los abusos y corrupciones, se centralizaba el poder en el papado, y se defendía la doctrina tradicional.

[Page 88] En el campo de la teología, hubo un despertar dentro del catolicismo de la época, aun aparte de todo intento de refutar al protestantismo. En esa labor teológica se distinguieron tanto dominicos como jesuitas. Entre los dominicos, cabe mencionar a Tomás de Vio Cayetano, a Francisco de Vitoria (de quien ya hemos hablado) y a Domingo Báñez. Entre los jesuitas, además del propio Loyola, el teólogo más importante fue Francisco Suárez.

El punto culminante de la reforma católica fue el Concilio de Trento, que debido a una compleja serie de circunstancias políticas duró casi dieciocho años (1545–1563). En él se condenaron las tesis protestantes, se reafirmó la doctrina católica y se tomaron varias medidas para la reforma moral y administrativa de la iglesia.

Por otra parte, aun después del Concilio de Trento, la cuestión de la relación entre la gracia y el libre albedrío, que se había planteado en la polémica antiprotestante, no quedó resuelta dentro del catolicismo. Esto dio lugar a debates que llegarían a su culminación durante el próximo período.

Hacia el fin del período, y no sin luchas y hasta guerras, el protestantismo había echado profundas raíces en Alemania, Inglaterra, Escocia, Escandinavia y Holanda. En Francia, tras largas guerras en que la religión fue un factor importante, se había llegado a una situación en la que, aunque el rey era católico, se toleraba a

* HC 2:79–86

HP 3:183–200

W 401–415

* HC 2:113–122

HP 3:201–252

W 422–430

los protestantes. En España, Italia, Polonia y otros países, los brotes de protestantismo, a veces bastante fuertes, habían sido extirpados a la fuerza.

[Page 89] Ya hemos dicho cómo el protestantismo se estableció en Alemania e Inglaterra. En Escocia, el protestantismo se abrió paso gracias al apoyo de los nobles, quienes lo tomaron por estandarte en su lucha contra la corona. Su principal líder teológico fue Juan Knox. Cuando el conflicto dio en rebelión armada, y la reina María Estuardo tuvo que huir del país, el protestantismo logró su victoria definitiva. Puesto que estos protestantes se oponían al episcopado, al que veían como aliado de la monarquía, organizaron su iglesia a base de presbiterios, y por ello se les conoce como «presbiterianos».

En Escandinavia, el protestantismo que se abrió paso fue el luterano, y lo hizo sobre todo gracias al apoyo de reyes tales como Cristián III de Dinamarca y Gustavo Vasa de Suecia.

En Holanda, el protestantismo, esta vez el calvinista, se volvió elemento de identidad nacional en la rebelión contra los españoles, que a la sazón gobernaban el país. Cuando Holanda se hizo independiente, era francamente calvinista.

En Francia, el calvinismo logró numerosos adeptos, sobre todo entre la nobleza. La cuestión religiosa se vio involucrada en la pugna entre antiguas casas de la nobleza. En 1572, se produjo la matanza de San Bartolomé, en la que murieron miles de «hugonotes» —nombre que se les daba en Francia a los protestantes. Luego vino una guerra civil de la que salió vencedor y rey Enrique IV, quien antes había sido protestante. Aunque Enrique se declaró católico, les concedió ciertas libertades y garantías a sus antiguos correligionarios.

[Page 90] Por último, aunque no podemos seguir el curso del protestantismo en todos los países, sí es importante señalar que en España hubo un fuerte movimiento reformador que a la postre fue aplastado por la inquisición. En ese movimiento se destacaron, entre otros, Juan de Valdés, Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera —estos últimos, traductores de la Biblia al castellano.

7.

Los siglos XVII y XVIII

*Durante este período las fuertes convicciones religiosas de diversos grupos —especialmente de católicos y protestantes— llevaron a cruentas guerras que en algunos casos diezmaron la población. * En Alemania y buena parte de Europa tuvo lugar la Guerra de los Treinta Años (1618–1648), posiblemente la más sangrienta que Europa había visto hasta entonces.*

A pesar de la Paz de Augsburgo, por largo tiempo continuó habiendo encuentros y escaramuzas entre protestantes y católicos. * Por fin, la guerra abierta comenzó en Bohemia, tras el episodio que se conoce como «la defenestración de Praga» (1618). Los protestantes bohemios se rebelaron, y las tropas católicas ahogaron la rebelión en sangre, no sólo en Bohemia, sino doquiera los rebeldes tenían aliados. Los daneses intervinieron entonces en defensa de los protestantes, y tras cruentas batallas solamente se llegó a un armisticio que no satisfizo a nadie. Poco después, los suecos invadieron Alemania bajo el hábil mando de su rey Gustavo Adolfo. Este logró importantes triunfos para los protestantes, pero murió en el campo de batalla. Por fin, la Guerra de los Treinta Años terminó con la Paz de Westfalia (1648), que garantizaba la libertad religiosa, aunque únicamente [Page 92] para católicos, luteranos y reformados.

*En Francia se abandonó la anterior política de tolerancia.**

Esa tolerancia se basaba en la concesión de un número de plazas fuertes a los protestantes. Emperador Richelieu, el ministro de Luis XIII, al mismo tiempo que favorecía a los protestantes en la Guerra de los Treinta Años, no podía tolerar la existencia dentro de Francia de tales baluartes protestantes. Ello llevó de nuevo a la guerra religiosa, que culminó en el sitio de La Rochelle, el último reducto protestante.

El próximo rey, Luis XIV, le puso fin a la tolerancia religiosa mediante el Edicto de Fontainebleu (1685), que prohibía el protestantismo.

A pesar de ello, el protestantismo continuó existiendo en Francia, en lo que se llamó «la iglesia del desierto».

*En Inglaterra tuvo lugar la revolución puritana, que llevó a la guerra civil, la ejecución del rey Carlos I, y otra serie de guerras, para por fin llegar a una situación muy parecida a la que existía antes de la revolución.**

Isabel murió sin dejar descendencia, y su sucesor fue su primo Jaime, quien ya era Rey de Escocia. Bajo Jaime y bajo su hijo Carlos I, hubo cada vez mayor descontento con la política religiosa oficial. Los «puritanos» insistían en una iglesia purificada de todo lo que no fuera bíblico, y fueron encontrando cada vez más apoyo en el Parlamento. Los reyes seguían políticas más tradicionales, y se apoyaban en los obispos, en su [Page 93] mayoría sumisos a la corona. El Parlamento convocó la *Asamblea de Westminster*, cuya *Confesión* (1647) vino a ser documento fundamental de la ortodoxia calvinista. Por fin, los conflictos entre el Rey y el Parlamento llevaron a la guerra civil, con la consecuencia de que Carlos I, derrotado por el Parlamento, fue ejecutado (1649).

Vino entonces el «Protectorado» de Oliverio Cromwell, quien se había distinguido en la guerra civil. Al mismo tiempo, los puritanos se dividían cada vez más, de modo que había «independientes», «presbiterianos», «sabatistas», «niveladores», etc., etc. A la muerte de Cromwell, su hijo Ricardo no pudo continuar su obra, y por fin la monarquía fue restaurada en la persona de Carlos II. Esto a su vez trajo una reacción contra los puritanos, que continuó bajo el reinado de Jaime II. Pronto se temió una restauración católica.

Por fin los ingleses se rebelaron, Jaime II fue derrocado, y le sucedieron Guillermo de Orange y su esposa María (1688).

Tras todas estas guerras se encontraba el espíritu inflexible de las diversas ortodoxias —católica, luterana y reformada. Para cada una de estas ortodoxias, cada detalle de doctrina era sumamente importante, y por*

* HC 2:255–368

HP 3:253–353

W 445–532 564–573

* HC 2:265–274

W 445–451

* HC 2:275–280

W 441

* HC 2:281–294

W 458–477

tanto no se debía permitir la más mínima desviación de la ortodoxia más estricta. El resultado fue, no sólo las guerras mencionadas más arriba, sino también una serie interminable de contiendas entre católicos, entre luteranos y entre reformados, quienes no lograban [Page 94] ponerse de acuerdo ni siquiera con sus propios correligionarios.

Las discusiones entre católicos giraron en torno a la autoridad del papa (galicanismo, febronianismo, josefismo),* y a la relación entre la gracia y la participación humana en la salvación (jansenismo, quietismo).*

Ya hemos mencionado que, inmediatamente tras la muerte de Lutero, surgieron controversias entre los seguidores de Melanchthon («filipistas») y los luteranos estrictos.* Pero aún tras la *Fórmula de Concordia* las controversias continuaron. Era la época del «escolasticismo protestante», cuya metodología se parecía mucho a la del escolasticismo medieval. Se trató de definir todo detalle de doctrina, y no se permitían «desviaciones» como la de Jorge Calixto y su «sincretismo».

La ortodoxia reformada, de espíritu muy parecido a la luterana, centró su atención sobre la predestinación y la gracia.* Sus dos puntos culminantes fueron el Sínodo de Dordrecht (o de Dort, 1618–19) y la Asamblea de Westminster. El primero condenó el arminianismo—doctrina que, según pensaban los calvinistas más estrictos, le concedía una participación demasiado activa al humano en el orden de la salvación, y por tanto subvertía la doctrina de la gracia soberana de Dios. La segunda promulgó la *Confesión de Westminster*

*Una de las diversas reacciones a esta ortodoxia estricta, y al daño obvio que estaba causando, fue el auge del racionalismo.**

[Page 95] Aunque tuvo precedentes mucho antes, se puede decir que el racionalismo comenzó con la obra de Renato Descartes, y su intento de aplicarle los principios matemáticos a la búsqueda de la verdad. En el continente europeo, Spinoza y Leibniz le dieron mayor ímpetu. En Gran Bretaña, tomó la forma, primero, del empirismo de Locke, y luego del deísmo. En Francia, llevó a la Ilustración, que a su vez sirvió de base ideológica para la Revolución Francesa. Hacia el final del período, con las críticas primero de Hume y luego de Kant, comenzó a verse que la «razón» no era tan objetiva como se pensaba.

Otra consecuencia fue el surgimiento de una serie de posturas que subrayaban más la experiencia y la obediencia que la ortodoxia. Tales fueron el pietismo y el movimiento moravo entre los luteranos, y el metodismo entre los anglicanos.

Los grandes líderes del pietismo luterano fueron Felipe Jacobo Spener y Augusto Germán Francke.* Ambos insistían en un despertar y cultivo de la piedad personal, a base de pequeños grupos y de una disciplina espiritual. El movimiento, atacado por los luteranos ortodoxos, logró su mayor expresión en el movimiento misionero, del cual los ortodoxos no se ocupaban.

Los moravos que se establecieron en tierras del conde Zinzendorf pronto fueron contagiados por la fe viva de Zinzendorf, y se distinguieron por su celo misionero.*

El metodismo, fundado por Juan Wesley y su hermano Carlos, fue [Page 96] originalmente un movimiento dentro de la Iglesia de Inglaterra, de la cual no deseaba separarse.* Como el pietismo alemán, insistía en la fe personal, fomentada en pequeños grupos o «clases». A la postre se separó de la Iglesia de Inglaterra. Creció

* HC 2:295–320

W 555–559

* HC 2:295–307

HP 3:398–406

* HP 3:237–241

* HC 2:309–314

HP 3:253–269

* HC 2:315–320

HP 3:271–304

W 453–457 471–472

* HC 2:321–332

HP 3:325–353

W 483–494

* HC 2:342–345

HP 3:307–310

W 495–501

* HC 2:345–347

HP 3:310–311

W 501–507

* HC 2:347–354

HP 3:311–321

W 507–518

principalmente entre las masas que sufrían las consecuencias de la Revolución Industrial, que tuvo lugar en Inglaterra antes que en el resto de Europa.

*Otros, descontentos tanto con la ortodoxia como con el pietismo, siguieron la opción espiritualista y se dedicaron a buscar a Dios, no ya en la iglesia o la comunidad de creyentes, sino en la vida interna y privada.**

Entre estos se destaca, primero, Jacobo Boehme (murió 1624), quien insistía en que, teniendo el Espíritu Santo, no era necesario medio físico alguno —ni siquiera la Biblia. Jorge Fox insistía en la «luz interior», y la contraponía a la supuesta autoridad de la iglesia. De su obra salió el movimiento cuáquero. Su más distinguido seguidor fue Guillermo Penn, el fundador de Pennsylvania. A diferencia de Boehme y de Fox, Emanuel Swedenborg fue un hombre altamente educado, quien creía que sus revelaciones eran la respuesta y culminación de sus conocimientos científicos.

Otros, en fin, decidieron abandonar Europa y partir hacia lugares donde esperaban establecer una nueva sociedad regida por los principios que ellos consideraban esenciales al evangelio —y que a veces incluían la intolerancia hacia cualquiera posición [Page 97] distinta de la de ellos. Este fue el origen de las colonias británicas en Nueva Inglaterra.

Fue durante este período que se fundaron en Norteamérica las «trece colonias» que más tarde les darían origen a los Estados Unidos. La historia de estas colonias fue variada, y por tanto es necesario estudiarlas por separado. Aunque desde el punto de vista de la corona y de muchos de los empresarios se trataba de una empresa de carácter económico, muchas de las personas que acudieron a esas colonias —y algunos de sus fundadores— lo hicieron por motivos religiosos. Hubo por tanto colonias en que predominaban los puritanos, o los católicos, o los bautistas, etc.

No fue sino en el siglo XVIII que se produjo el «Gran Avivamiento» que barrió las colonias, y que hizo mucho por darles el sentido de unidad que más tarde las llevaría a formar un solo país.* La figura más notable en ese avivamiento fue el teólogo calvinista Jonathan Edwards.

[Page 98]

* HC 2:333–339

W 478–480

* HC 2:366–368

HP 3:321–323

W 570–573

8.

El siglo XIX

Este fue el gran siglo de la modernidad.

Comenzó con una serie de convulsiones políticas que les abrieron el paso a los ideales de la democracia y de la libre empresa —la independencia norteamericana, la revolución francesa, y luego la independencia de las naciones latinoamericanas. Parte del ideal de estas nuevas naciones era la libertad de conciencia, de modo que a nadie se le obligara a afirmar aquello de lo que no estaba convencido.*

La independencia norteamericana les planteó a las iglesias de ese país, y especialmente a la Anglicana, la cuestión de sus relaciones con Inglaterra.* A la postre, todas las iglesias en los Estados Unidos se hicieron independientes. Según el país fue extendiendo sus territorios hacia el occidente, primero a costa de las naciones indígenas y luego de México, las iglesias que más rápidamente crecieron en esos territorios fueron la bautista y la metodista. El «Segundo Gran Avivamiento», parecido al primero, pronto desarrolló tonalidades altamente emotivas, y marcó la pauta para lo que a partir de entonces serían los «cultos de avivamiento», que muchas iglesias acostumbraron celebrar periódicamente.

Quizá el mayor reto a que tuvieron que [Page 100] enfrentarse las iglesias fue la cuestión de la esclavitud, que a la postre llevó a la guerra civil, y cuyo resultado fue la división de muchas iglesias.* Varias de esas divisiones continuaron hasta bien avanzado el siglo XX.

El crecimiento del metodismo llevó al surgimiento de varias «iglesias de santidad», que subrayaban el tema wesleyano de la santificación.* En algunas de ellas comenzaron a aparecer rasgos carismáticos. En el 1906, se produjo en la Misión de la Calle Azusa, en Los Angeles, un avivamiento del cual se deriva buena parte del movimiento pentecostal moderno.

Pronto el protestantismo norteamericano, en todas sus manifestaciones denominacionales, fue una fuerza misionera que se hizo sentir alrededor del globo.

Esta fue la época en que aparecieron movimientos e interpretaciones teológicas tales como el dispensacionismo, cuyo principal instrumento de propagación fue la Biblia comentada de Cyrus Scofield. Y fue también el período en el que el choque entre los nuevos conocimientos y las antiguas interpretaciones de la fe se hizo más agudo. El resultado más importante de ese choque fue el fundamentalismo, movimiento que tomó ese nombre por razón de los cinco «fundamentos» de la fe cristiana que promulgó en Niágara en 1895.

Y fue también la época en que surgieron nuevas religiones con rasgos tomados del cristianismo, como los mormones, los testigos de Jehová y la ciencia cristiana.*

Aunque buena parte de su ideología política era semejante a la de la revolución norteamericana, la [Page 101] revolución francesa tomó un giro muy distinto en lo que a la religión se refiere.* Pronto el movimiento revolucionario se mostró hostil a la fe cristiana, y promulgó el «Culto a la Razón», en cuyas aras muchos cristianos fueron sacrificados. Al terminar la revolución francesa, y a pesar de la restauración de la monarquía, la Iglesia Católica en ese país quedó seriamente debilitada. Debido a ello, y a otras circunstancias parecidas en el resto de Europa (inclusive las revoluciones de 1848) el catolicismo romano se volvió cada vez más conservador, y contrario a las nuevas ideas de libertad y democracia.

En la América Latina, el movimiento independentista chocó con la jerarquía católica, en su casi totalidad fiel a la corona.* Tras la independencia, fue necesario dirimir la cuestión de hasta qué punto las nuevas naciones eran herederas de los viejos derechos del Patronato Real. La constante pugna entre «liberales» y «conservadores» tenía mucho que ver con actitudes encontradas hacia la Iglesia, su jerarquía y sus antiguos privilegios.

* HC 2:369–492

HP 3:355–439

W 532–564 573–589

* HC 2:375–388

W 573–581

* HC 2:388–391

W 584–585

* HC 2:391–396

* HC 2:396–398

W 582–583

* HC 2:399–410

* HC 2:411–417

Poco a poco, se fue llegando a diversos arreglos con Roma. Pero este período dejó en todo el continente fuertes corrientes y sentimientos anticlericales.

Pero esto, unido al racionalismo que ya venía ganando adeptos desde el período anterior, llevó a muchos a pensar que solamente una fe estrictamente racional era compatible con el mundo moderno.

Esta actitud se puso de manifiesto especialmente entre los teólogos protestantes, sobre todo en Alemania, pero [Page 102] también en otras partes. Este fue el origen del «liberalismo», doctrina muy difundida en el siglo diecinueve.*

El primer gran teólogo protestante en tratar de responder a los retos de la modernidad reinterpreta la fe fue Friedrich Schleiermacher.* Según Schleiermacher, la fe cristiana no es cuestión de doctrina ni de moral, sino de un sentimiento de dependencia absoluta ante Dios. A partir de ese sentimiento, Schleiermacher reinterpreta todas las principales doctrinas del cristianismo, de modo que no confligieran con la visión moderna de la realidad. Por ello se le ha llamado el «padre del liberalismo».

La filosofía de Hegel, que incluía toda una interpretación de la religión y de su historia, pronto logró gran auge, y muchos llegaron a pensar que el sistema de Hegel era la última y mejor interpretación de la fe cristiana y de la realidad toda.*

Frente a esto protestó el teólogo y filósofo danés Soren Kierkegaard, quien insistía en que el cristianismo es cuestión de una decisión radical, como un salto de fe al vacío, que permea la existencia toda.* Por su énfasis en la «existencia» por encima de la «esencia» (contra Hegel) se le ha considerado fundador del existencialismo.

Otros, tales como F.C. Baur, Adolf von Harnack y Albrecht Ritschl, se dedicaron al estudio histórico de la Biblia y de la fe.* Aunque estos estudios arrojaron nueva luz sobre la fe cristiana, también pusieron en duda mucho de lo que [Page 103] hasta entonces se había dado por sentado.

Si el protestantismo —o al menos sus teólogos y portavoces académicos— erraron en mostrarse demasiado abiertos a las innovaciones del mundo moderno, el catolicismo siguió el camino contrario. Prácticamente todo lo que fuera moderno —la democracia, la libertad de conciencia, las escuelas públicas— le parecía herejía, y como tal lo condenó el papa Pío IX. Además, como parte de esa política reaccionaria, fue durante este período que el papa fue declarado infalible (I Concilio Vaticano, 1870)*

Es parte debido a la revolución francesa y sus actitudes hacia la religión, el papado tomó una postura abiertamente antimoderna.* Los teólogos que trataron de expresar e interpretar la fe católica en términos modernos fueron condenados y excomulgados.

Esta actitud llegó a su punto culminante en el papado de Pío IX (1846–1878), quien promulgó el dogma de la inmaculada concepción de María (1854).* Años más tarde, Pío IX publicó un «Sílabo de errores» en el que condenaba buena parte de los ideales modernos de la democracia, el libre juicio y la libertad religiosa. Por fin, en el año 1870, todavía bajo la dirección del mismo papa, el Primer Concilio Vaticano promulgó el dogma de la infalibilidad papal.

* HC 2:419–429

HP 3:355–395

W 532–555

* HC 2:422–424

HP 3:356–370

W 532–534

* HC 2:424–426

HP 3:370–372

W 534–536

* HC 2:426–427

HP 3:373–382

* HC 2:428–429

HP 3:382–395

W 536–544

* HC 2:431–438

HP 3:406–421

* HC 2:431–432

HP 3:406–408

W 558–560

* HC 2:433–436

HP 3:408–418

W 560–562

El próximo papa, León XIII, se mostró relativamente progresista en cuestiones de las relaciones entre obreros y patronos —aunque [Page 104] insistía en que solamente ha de haber sindicatos laborales católicos.* Pero en casi todo lo demás siguió las líneas conservadoras de Pío IX.

Lo mismo es cierto, en general, de todos los papas de la primera mitad del siglo XX, y por tanto puede decirse que en el caso de la Iglesia Católica el siglo XIX duró hasta la muerte de Pío XII (1958).

Por otra parte, mientras en Europa muchos pensaban que el cristianismo era cosa del pasado, fue durante este período que la fe cristiana alcanzó tal expansión geográfica que por primera vez vino a ser verdaderamente universal. Ciertamente, uno de los elementos más importantes de la historia de la iglesia durante el siglo XIX fue su expansión misionera — especialmente la protestante— en Asia, Oceanía, África, el mundo musulmán y América Latina.

El siglo XIX fue el gran siglo del colonialismo europeo, y también el gran siglo de las misiones protestantes.* El auge y éxito del colonialismo se debieron a una serie de circunstancias políticas, económicas, tecnológicas, etc. Pero ese mismo auge hizo despertar el celo e interés misionero.

En Asia, la India fue el país que despertó el interés de los primeros misioneros, y especialmente de Guillermo Carey, el gran propulsor de las misiones modernas.* En el Asia Sudoriental, Adinoram Judson se hizo igualmente famoso. En China, tras varios intentos fallidos y éxitos parciales, los misioneros lograron penetrar gracias a la infame Guerra del Opio. Pronto los misioneros en ese país se contaron [Page 105] por millares, y hasta llegó a haber un fuerte movimiento revolucionario de inspiración parcialmente cristiana. En Japón no se permitía la entrada de extranjeros hasta que la escuadra norteamericana forzó al país a cambiar esa regla. Los misioneros aprovecharon esa «puerta abierta» para penetrar en el país.

En Oceanía, los viajes del capitán Cook abrieron el camino al comercio y las misiones.* El cristianismo fue bien recibido por muchos habitantes de la región, que pronto se volvieron misioneros a otras islas vecinas.

África, escasamente conocida al principio del siglo XIX, a fines de siglo había quedado repartida entre varias potencias europeas.* Allí se destacó, en el sur del continente, el famoso misionero David Livingstone.

En el mundo musulmán, aunque también colonizado por las potencias europeas, la penetración misionera no fue tan exitosa, y quizá su resultado más notable fue que se produjeron cismas en varias de las antiguas iglesias que todavía existían en la región.*

El siglo XIX fue la época de la gran penetración inicial del protestantismo en América Latina.* Apoyado frecuentemente por líderes liberales que deseaban ponerle coto al poder de la Iglesia Católica y de sus aliados conservadores, el protestantismo echó raíces en todos los países del continente. Buena parte del crecimiento protestante se debió a la inmigración de escoceses, ingleses, alemanes y otros. Al principio, los misioneros fueron mayormente ingleses y escoceses; pero luego hubo un número cada [Page 106] vez mayor de norteamericanos. Ya a fines del período había en todos los países del continente iglesias protestantes establecidas sobre bases relativamente sólidas.

* HC 2:436–437

HP 3:418–421

W 562–564

* HC 2:439–445

W 522–523

* HC 2:447–460

* HC 2:461–467

* HC 2:471–476

* HC 2:469–471

* HC 2:477–485

9.

El fin de la modernidad

Los principios racionalistas de los siglos anteriores, especialmente en su aplicación a las ciencias y la tecnología, arrojaron resultados inesperados. En el apogeo de la modernidad, se pensó que la humanidad se asomaba a una época gloriosa de abundancia y felicidad. Todos los problemas humanos tendrían solución mediante el uso de la razón y su hermana menor, la tecnología. Las naciones industrializadas del Atlántico del Norte (Europa y los Estados Unidos) llevarían al mundo hacia ese futuro mejor.*

Pero el siglo XX se ocupó de ponerles fin a tales sueños con una serie de acontecimientos que mostraron que la supuesta promesa de la modernidad no era sino un sueño.

Aunque hoy veamos el colonialismo a través de otros lentes, lo cierto es que durante el siglo XIX y buena parte del XX las potencias colonizadoras justificaron su empresa sobre bases morales y religiosas.* Se pensaba que la ciencia, la tecnología, y en general el progreso eran la gran contribución de Occidente al resto del mundo. Se hablaba por ello de «la obligación del hombre blanco» —*the white man's burden*— de llevarles estos beneficios a los pueblos más «atrasados» del resto del mundo, y de hacerlo por fuerza, de ser necesario. Luego, al tiempo [Page 108] que las potencias colonizadoras, y los empresarios dentro de ellas, se enriquecían a base de los sistemas coloniales y neocoloniales, se pensaba que todo ello se justificaba por cuanto todo el globo a la larga se beneficiaría con los adelantos traídos por los colonizadores.

Empero durante el siglo XX toda una serie de acontecimientos mostró que, si bien los beneficios de la tecnología moderna eran valiosos, también podían resultar costosos. Durante los treinta años entre 1914 y 1944, prácticamente toda la humanidad se vio envuelta en dos «guerras mundiales» que, aunque verdaderamente mundiales en su impacto, se debieron principalmente a conflictos entre las potencias occidentales. En esas guerras, los supuestos avances modernos produjeron más bajas —y más bajas entre civiles— que en cualquier conflicto anterior.

En Rusia, y luego en varias docenas de países, el poder quedó en manos del comunismo, con su promesa de una vida mejor para todos, y especialmente para los más pobres y oprimidos. Pero, tras más de siete décadas de experimentación social y cuatro de «guerra fría», resultó claro que esta otra versión de la promesa moderna tampoco era capaz de cumplir lo prometido.

Aunque en menor escala, pero con consecuencias igualmente trágicas, varias de las naciones más pobres del mundo se vieron envueltas en guerras internas en las que los «adelantos» de la tecnología tuvieron amplia oportunidad de mostrar su mortífera eficiencia.

Por otra parte, aun en sus usos supuestamente pacíficos, los adelantos modernos produjeron [Page 109] descalabros ecológicos en todos los continentes del globo. En unas pocas décadas desaparecieron bosques milenarios, grandes ríos se volvieron cloacas químicas incapaces de sostener la vida, y en las ciudades más pobladas hasta respirar el aire se volvió peligroso.

En todo el mundo ocurrió una rápida descolonización. Esto también fue parte del fin de la modernidad, pues lo que ocurrió fue que se perdió la confianza en las promesas de la modernidad, que habían sido la justificación de la empresa colonizadora. En Asia, África y América Latina, hubo una fuerte reacción, tanto política como intelectual, contra el colonialismo y el neo-colonialismo.

Al principio del siglo XX, prácticamente todo el continente africano se encontraba bajo regímenes coloniales. Hacia fines del mismo siglo, el mapa de África había cambiado radicalmente, con la independencia de docenas de países. Algo semejante sucedió en Asia, Oceanía y el Caribe. En América Latina, políticamente independiente desde el siglo anterior, se escucharon protestas cada vez más fuertes contra el neocolonialismo económico. En todas partes del mundo, surgió un movimiento de revitalización de viejas tradiciones, costumbres y culturas que habían quedado sumergidas bajo el auge del colonialismo.

* HC 2:493–558

HP 3:441–491

W 591–609

* HC 2:497–503

W 591–592

Para analizar el impacto de esos acontecimientos en la vida de la iglesia, lo más sencillo es comenzar siguiendo el curso de las tres principales ramas del cristianismo: la oriental, la católica romana, y la protestante.

[Page 110] *A principios del siglo XX, toda la iglesia oriental se vio sacudida por la revolución rusa, y por su impacto en Europa oriental.* El marxismo, tal como se le aplicó en la Unión Soviética, era una versión de la promesa moderna. Pero hacia fines del siglo XX resultaba claro que la empresa había fracasado, y la Iglesia Rusa, que por varias décadas había tenido que existir bajo fuerte presión gubernamental, mostraba nuevas señales de vida.*

El desmembramiento del Imperio Otomano en los siglos XIX y XX hizo que surgieran varias iglesias nacionales independientes de Constantinopla en países tales como Grecia, Servia, Bulgaria y Rumania. Durante buena parte del siglo XX, varias de estas iglesias vivieron bajo regímenes hostiles (musulmanes primero, y comunistas después). Pero a pesar de ello dieron fuertes muestras de vitalidad.

La Iglesia Rusa y las otras iglesias orientales en diversos países de la Unión Soviética fueron objeto de fuertes presiones gubernamentales. Muchos pensaron que a la postre desaparecerían. Pero lo cierto es que perduraron hasta la caída del régimen comunista, y que salieron de él dando muestras de vigor y vitalidad. Esto se debió en buena medida al mantenimiento de las tradiciones litúrgicas y catequéticas, que muchos en Occidente no apreciaban, pero que a pesar de ello se mostraron capaces de fortalecer y sostener la fe en tan difíciles circunstancias.

El catolicismo romano continuó su lucha contra ciertos aspectos de la modernidad a través de toda la primera mitad del siglo. Fue **[Page 111]** a partir de 1958, con el advenimiento al trono papal de Juan XXIII, que esa iglesia comenzó a abrirse al mundo moderno. Pero ya para entonces, el mundo a que la iglesia se abrió se movía rápidamente hacia la postmodernidad, y la teología que siguió al Segundo Concilio Vaticano se volvió cada vez más crítica de la modernidad—aunque no a base de la actitud reaccionaria de generaciones anteriores, sino mirando hacia un futuro allende la modernidad.*

Los papas de la primera mitad del siglo XX continuaron las políticas de sus predecesores.* Para ellos, lo importante era defender la iglesia y sus prerrogativas a todo costo. Por esa razón, varios de ellos mostraron simpatías hacia el fascismo, y ninguno adoptó posturas heroicas ante los retos y las tragedias que se desataron sobre el mundo durante la primera mitad del siglo XX. Varios de los principales portavoces de actitudes teológicas más abiertas fueron silenciados por el Vaticano.

Esta actitud cambió con la elección de Juan XXIII, quien veía la necesidad de abrir la iglesia al mundo contemporáneo, y de responder a las necesidades reales del pueblo.* Por ello convocó al Segundo Concilio Vaticano. En este concilio, la mayoría de los obispos representaban iglesias del Tercer Mundo, en su mayoría pobres. Varios de los teólogos que habían sido silenciados por papas anteriores asistieron al Concilio como «peritos». Por tanto, el Concilio se declaró solidario con «los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias» del mundo contemporáneo, y tomó medidas a favor de la libertad de conciencia, el desarrollo de liturgias adecuadas a **[Page 112]** cada cultura y situación, la celebración de la misa en los idiomas de cada pueblo, etc.

Aunque después de la muerte de Juan XXIII se perdió algo de este impulso, las fuerzas desatadas no podían ahora volverse a contener, y por tanto la Iglesia Católica se abocó al futuro postmoderno con nueva vitalidad, pero también con fuertes disensiones internas.

El optimismo de los teólogos protestantes liberales en Europa se vio sacudido por las dos guerras mundiales. Lo mismo sucedió en los Estados Unidos, aunque en menor grado y más lentamente. En cierto modo, la rebelión de Karl Barth contra el liberalismo fue un primer anuncio de la necesidad de una teología postmoderna. En los Estados Unidos, las luchas por los derechos civiles, y los conflictos y crisis sociales de fin de siglo, jugaron un papel parecido.*

* HC 2:505–510
W 592–597

* HC 2:511–524
HP 3:474–482
W 595–597

* HC 2:511–524
HP 3:478
W 595–597

* HC 2:516–524
* HC 2:252–549

HP3:441–473
W 597–605

Durante la primera mitad del siglo XX, Europa continuó siendo el principal centro de actividad teológica protestante.* Allí se destacó sobre todo el teólogo Karl Barth, quien reaccionó contra el liberalismo de sus maestros con una «teología de la Palabra de Dios», «teología de la crisis» o «neo-ortodoxia». Aunque pocos le siguieron en todos los aspectos de sus enseñanzas, el impacto de Barth fue enorme, y le puso fin al auge del liberalismo.

Esta nueva teología fue la base sobre la cual el protestantismo alemán pudo resistir al nazismo, sobre todo en la famosa «Declaración de Barmen».** Y fue también la inspiración del más conocido mártir de la época, Dietrich [Page 113] Bonhoeffer.

Además, buena parte de la teología europea se dedicó al diálogo con el marxismo —sobre todo con algunos marxistas a quienes los demás no consideraban ortodoxos.* El teólogo más distinguido en esta empresa fue el checo Joseph Hromádka.

Por otra parte, el proceso de secularización que caracterizó toda la edad moderna continuó en Europa occidental, donde eran cada vez menos quienes participaban de la vida de la iglesia.

En los Estados Unidos, aunque en forma menos dramática, los acontecimientos siguieron un curso parecido.* Allí los hermanos Niebuhr (H. Richard y Reinhold) jugaron un papel semejante al de Barth en Europa. Y la lucha por los derechos civiles de los negros, bajo el liderazgo de Martin Luther King, Jr., proveyó oportunidades de obediencia radical—es decir, obediencia a Dios y desobediencia a las injustas leyes humanas—semejantes a las que el nazismo proveyó en Europa. Y allí también, aunque en menor grado, se vio el proceso de secularización que tuvo lugar en Europa.

Por otra parte, en todas las tradiciones cristianas hubo también una reacción paralela al anticolonialismo. Las iglesias «jóvenes», producto de la empresa misionera, comenzaron a reclamar su autonomía y su derecho y obligación de interpretar el Evangelio dentro de su propio contexto y desde su propia perspectiva. En América Latina, una de las más notables manifestaciones de esta tendencia fue el auge del [Page 114] movimiento pentecostal. En todas partes del mundo, las minorías étnicas y culturales dentro de la iglesia, así como también las mujeres, hicieron oír su voz.*

En Asia, Africa y América Latina surgieron nuevas corrientes teológicas que tomaban en cuenta las circunstancias políticas, económicas y culturales de cada lugar. En todo el mundo cristiano, las minorías étnicas y las mujeres comenzaron a reclamar que las teologías tradicionales no respondían a su situación ni a sus experiencias. Esto dio origen a varias teologías que reciben el nombre común de «teologías contextuales» —por ejemplo, la teología de liberación en América Latina, las varias teologías feministas, la teología negra en los Estados Unidos, etc.— aunque lo cierto es que toda teología siempre ha sido contextual. En varias de sus manifestaciones, estas diversas teologías han enriquecido el diálogo teológico, y han llamado a la iglesia a reconocer dimensiones en el Evangelio que han sido frecuentemente desconocidas u olvidadas. En cierto modo, el auge de estas teologías es señal del fin de la modernidad, que daba por sentado que el modo de pensar y de actuar de las élites intelectuales de Occidente a la postre se impondría sobre el resto del mundo.

Algo semejante ha sucedido con el movimiento pentecostal. Este movimiento, en sus muchas manifestaciones, se ha abierto paso en todo el mundo, y especialmente en América Latina. Aunque al principio se mostraba reacio a la reflexión e investigación teológica, hacia fines del siglo XX contaba ya con varios teólogos distinguidos, y comenzaba a impactar el resto de la teología cristiana. Esto también era señal del [Page 115] fin de la modernidad, pues durante el auge de la misma se llegó a pensar que la insistencia en los milagros, en la experiencia de la presencia del Espíritu, y en dones tales como la glosolalia, etc., eran cosa que pertenecía a la ignorancia del pasado. Hoy, cuando la modernidad misma da señales de fracaso, una de esas señales es precisamente el crecimiento y el impacto del pentecostalismo.

El resultado fue un nuevo tipo de ecumenismo. El movimiento ecuménico había surgido principalmente del impulso y las necesidades misioneras. Ahora, con el auge de las iglesias jóvenes, tomó un nuevo giro. Y lo*

* HC 2:256–529

HP 3:445–453

W 598–599

* HC 2:529–531

* HP 3:460–462

* HC 2:531–533

* HC 2:539–549

* HC 2:551–558

HP 3:482–491

W 605–606

* HC 2:487–491

mismo puede decirse del movimiento misionero mismo, en el que las «iglesias jóvenes» ocuparon un lugar cada vez más importante. El movimiento ecuménico moderno tuvo sus orígenes principalmente en el movimiento misionero, pues bien pronto quienes servían en tierras de misión se percataron de que las divisiones entre los cristianos eran uno de los mayores impedimentos a la conversión de los no cristianos. Por ello tuvieron lugar varias conferencias misioneras cuyo propósito era lograr mayor colaboración y comunicación entre las diversas empresas misioneras. La más notable de ellas fue la que tuvo lugar en Edimburgo, Escocia, en 1910. De ella, por diversos caminos, surgieron el Consejo Internacional Misionero, el movimiento de Fe y Orden y a la postre el Consejo Mundial de Iglesias. Por largo tiempo, estas organizaciones fueron la principal expresión de las ansias de unidad entre los cristianos.

[Page 116] Empero, con el crecimiento de las iglesias jóvenes, y especialmente de iglesias autóctonas que no se derivan directamente de las misiones occidentales, la situación ha cambiado.* Al tiempo que el Consejo Mundial de Iglesias y otras organizaciones semejantes buscan expresar la unidad cristiana, en cada país y lugar del mundo hay numerosas otras expresiones de unidad y de colaboración entre cristianos. En varios países varias de las llamadas «iglesias jóvenes» se han unido en una sola iglesia, mostrando así mayor flexibilidad y creatividad que las viejas iglesias misioneras. En otros lugares se han organizado sociedades misioneras y de servicio público que cuentan únicamente con los recursos del lugar, sin dependencia alguna de recursos del extranjero.

Pero lo más notable de todo, y lo que marca verdaderamente el comienzo de una nueva era en la historia de la iglesia, es el cambio que ha tenido lugar en la composición demográfica y la distribución geográfica del cristianismo.* «Mientras en 1900 el 49.9% de todos los cristianos vivía en Europa, hacia 1985 ese número se calculaba en un 27.7%. Y, mientras en 1900 el 81.1% de todos los cristianos era de raza blanca, para el año 2000 se esperaba que esa cifra fuera el 39.9%. Luego, no importa cuál sea la reacción de cada cual a las teologías del Tercer Mundo, es fácil suponer que el siglo XXI se caracterizará por una vasta empresa misionera de las iglesias del Sur hacia el Norte. Por tanto, las tierras que dos siglos antes fueron consideradas ‘el fin de la tierra’ tendrán entonces la oportunidad de devolver el testimonio del evangelio que escucharon del Norte generaciones antes. Y así la **[Page 117]** misión ‘hasta lo último de la tierra’ se volverá misión ‘desde lo último de la tierra’, mostrando una vez más que la Palabra de Dios no volverá vacía, sino que hará aquello para lo cual Dios la ha enviado, por extraño e increíble que nos parezca a nosotros los mortales.»

1

* HC 2:552–556

* HC 2:558

¹González, J. L. (1995). *Bosquejo de historia de la iglesia*: González, Justo L. (89). Decatur, GA: Asociación para la Educación Teológica Hispana.